

El próximo País

Estel

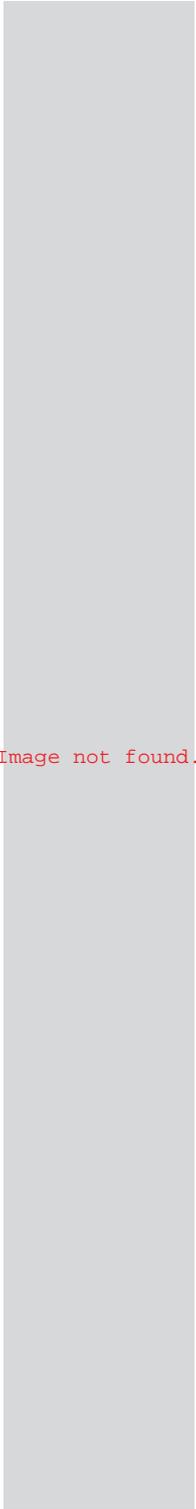


Image not found.

Capítulo 1

PRIMERA PARTE

DEYRNA

Primer día

Caímos. ¿Qué más podría haber pasado? Caímos. No puedo recordar qué hice o qué no hice; caímos sin remedio, eso lo sé a ciencia cierta. Y aun así, estoy aquí. Pero no sé si continuar riendo por lo bajo como un loco, o si sería mejor llorar por lo que viene.

No podemos hacer diarios: las hojas son para encender el fuego. Por eso no he puesto dedicatoria alguna, ni fechas en el encabezado. Esta libreta es una de las pocas pertenencias que pude rescatar. Todo lo demás lo ahoga la espuma, en la cabina donde apenas hace un rato, yo intenté derrotar a la boca infinita de un cielo negro. Recuerdo que vi los brazos del mar abrirse, capa tras capa, jalándome hacia abajo con la fuerza propia del mal sueño: los vi tragar... y escupir solamente una tormenta.

Pero debo hacer esto. No soy los escribas del pasado. No tengo el tiempo ni el material suficiente para tratar (y me odio a mí mismo por aplazar dicho momento hasta éste día, que acaso sea uno de los últimos); ni pretendo que el futuro, si es que existe, llegue a ver mi registro con ojos estudiosos, y aprenda de los errores que detecten en el entramado de nuestras historias. Todo lo que ofrezco aquí está destinado a mí mismo: un eco egoísta de lo que al parecer me ha tocado vivir, y que, sentado entre despojos, no logro creer completamente.

Debo ser breve. No puedo dejar la realidad a medias. Y, escribir este "diario", es como la realidad va a golpearme de lleno.

Déjenme decirlo una vez más: caímos.

Capítulo 1

El consultor

Tarquin Dega: nacido el 9 de septiembre. Ese mismo año, sus padres presenciaron la destrucción del archipiélago conocido como Oriāzu, tras un año entero de erupciones naturales en las cálidas costas del sur. Un mundo cambiante, la única garantía para los chicos de su generación, le abrió las puertas. Y, en algún momento de su infancia, le terminó dando la espalda.

Arnold Truett, eminente genetista de los países sobrevivientes, causó revuelo con su estudio acerca del cabello de cobre, considerable tiempo después que los dío-conscientes hicieran todo lo posible por entenderlo empíricamente. La comunidad científica se volvió contra Truett alegando pensamiento supersticioso indebido en un profesional, pero por supuesto, lo que dijo Truett era cierto. En el estudio se hacía referencia a una condición genética exclusiva de algunos individuos con eritrismo, que los sometía a duras pruebas personales sin una cura descubierta. El término "Síndrome de Truett" se acuñó cuando Tarquin tenía 21 años, y una serie de problemas que se correspondían perfectamente con la descripción del científico: sueño ligero, atormentado; ansiedad, ataques de pánico. Experiencias pseudo-psicóticas vinculadas con trastornos cognitivos. Misanropía. Comportamientos obsesivo-compulsivos. Una habilidad de previsión exacerbada. Y un cabello rojizo oscuro, que era la marca de los portadores.

Aunque no es seguro que un paciente afectado por la hipercepción pase a sus hijos el problema, la gravedad del mismo contribuyó a provocar una gran controversia, que iba a perdurar mucho tiempo después del hallazgo: empezaron las preguntas, las cuestiones morales, los debates. ¿Era el síndrome una discapacidad?, ¿se debía tratar a los afectados como inválidos, o como maniacos esquizoides potencialmente peligrosos? Pero Tarquin, como todos los demás aquejados, ya llevaba algunos años de nacido, y no es que nunca se hubiera preguntado a gritos el por qué, sino que, para él, las preguntas relacionadas con ser un dío-consciente, se reducían a una: ¿y si las visiones eran ciertas?

Después escribiría en un libro, junto con otras vivencias, el día que la prensa comercializó semanas enteras como un incidente en el puente Juana de Arco, nombre exiguo comparado con el hecho en sí. Sucedió a sus veinte, y aunque para el país fue algo impactante, para el joven Tarquin fue sólo el principio.

Para la mayoría de cabellos de cobre, los episodios son visiones relativas a la última acción efectuada, o a cualquier acción presente, por más nimia que sea; una bifurcación de hechos o "alternativas" que se traducen en imágenes vertiginosas, siempre consecuentes a lo que el paciente realiza. Los resultados terminan siendo anticipados por una sensación tirante, incómoda en la base del cráneo, mareos, e incluso disociación, mientras

dura el trastorno. Los efectos en el cuerpo pueden ir de la confusión momentánea, al agotamiento extremo.

Tarquin saldría del campus una mañana nublada, con la mochila al hombro, pensando en la abulia, cuando una sensación demasiado familiar lo obligaría a pararse en seco. Fue una visión aterradora, y quizá es mucho decir, porque el Síndrome de Truett trae consigo cantidad de visiones poco halagadora: Lluvia. Un ruido atronador. Gritos humanos. El puente Juana de Arco, miles de personas y vehículos cayendo cien metros al agua salada, y enormes estructuras metálicas derrumbándose sobre y bajo ellos.

Un tironeo que lo haría sangrarse la lengua, y la segunda alternativa: Lluvia. Un chico pelirrojo agitando los brazos frente a un oficial de policía, tratando de bloquear la entrada al puente, que comienza a ceder. Un ruido atronador. Y gritos humanos: los suyos propios, al desprenderse el suelo donde está parado.

Pero, a pesar de que Tarquin estaba enfermo, había podido comprobar varias veces, que, aunque fuera parte de sus alucinaciones, tenía la sensación de poder controlar el rumbo y alcance de un buen número de ellas, igual que si deslindado del control de su cuerpo, le fuera más fácil ejercer la voluntad tan envidiada por los psicasténicos.

El día en que presencié el accidente, la condición de Tarquin empeoró, mientras que su capacidad para controlarla dio un salto. Una alternativa tras otra, el díó-consciente exploró casi veinte en menos de un segundo. Estaba involucrado en todas, como si fuera por su causa que el puente cediera, o tal vez, porque era el único que sabía lo que podía suceder en pocas horas. Se miraba a sí mismo en las visiones, corriendo de un lado a otro, y así alertó a la policía, al gobierno, a los transeúntes; y en vano, porque de una y otra forma, caían. Y entonces, recorrió una alucinación más borrosa, lenta y lejana: el término de su trance, el final de su ataque, y la interrupción de su episodio. Y en ésta, la última visión, había un doble accidente.

Despertaría en el suelo, los libros desparramados y la boca sangrante. Pero él no era muy dado a confundirse. Fue así como subió a su coche justo en el momento en que el cielo soltaba un goteo ominoso sobre el pavimento.

En una avenida lateral, las visiones volvieron, ahora entremezcladas: primero, el enorme vehículo de carga, a exceso de velocidad, pasando frente a él rumbo al puente mojado de lluvia. Segundo, el coche del padre de Tarquin desbaratándose en la parte delantera del vehículo; un impacto mortal, un volcamiento, y un bloqueo de tránsito, gracias al cual las víctimas del "desastre del Juana de Arco" se reducen a una. Aunque la

muerte del conductor de aquel coche no califique como tal.

Es posible que, volviendo en sí tan de improviso, Tarquin no tuviera tiempo de reflexionar en su propio fin. Apretó el acelerador cuando el vehículo transportador se puso a la vista, e hizo trizas su auto en el proceso. Sucedió en menos de un minuto. Las autoridades cerraron el tráfico, y gracias al choque, no hubo bajas cuando el puente crujió y se vino abajo. En el tiempo equivalente a otra vida, nadie conocería éste lado de la historia.

Mientras tanto, nuestro país no disfrutaba de la paz que había prometido el fin de las guerras de Dominancia, sino al contrario. Hará unos diez años desde la Gran Mudanza: para antiguas naciones como Vistári o Mentula, que apenas se mantenían literalmente a flote, la solución ante la nueva (e inconveniente) configuración geográfica, fue emigrar a los terrenos que habían comprado de sus benefactores, más poderosos y mejor emplazados, sacrificando a veces su preciada independencia: movimientos masivos que marcaron el fin de una era escrita con los nombres de los millones de chicos muertos en combate, defendiendo tierras que se hundieron, o cuya identidad pasó a alimentar la de los países sobrevivientes. Con el paso de los años, los conflictos mundiales se convirtieron en tensiones internas, aisladas unas de otras por franjas y abismos de mar, el mar que se tragó la mitad del planeta. Aar, Ysyri, Líkno, y otros gigantes, quedaron desiertos ante la nueva invasión de los miasmas, y la furia del cielo y el subsuelo, que hicieron perder su religión a los siempre ingenuos.

Todo lo que queda, casi idéntico al pasado, es Deyrna, contra todo pronóstico. Nuestras coordenadas daban la impresión de ser un santuario. Que aunque algunas zonas se debieron recorrer más al norte, buscando tierra firme, las operaciones del Ejecutivo alcanzaron un precario equilibrio entre dificultades externas y orden intestino. El clima no es estable, pero tampoco sufrimos el Aliento del Tártaro, que trae consigo el viento, y ha incinerado y congelado a ciudades enteras en lo que oscila un segundero. Actualmente, Deyrna comprende el Continental, dividido en intendencias y comunas; los tres Septs, que son demarcaciones políticas, y seis Protectorados, casi desiertos. El sistema cohesionista, algo decrepito, comprende todo el mundo, a pesar de la pugna de los otros partidos por bajarlo de su pedestal. Y aunque un gran porcentaje crea imposible semejante empresa, el hecho es que es posible. Dicho esto, el principal debilitador del poder no debió buscarse en tales organizaciones, sino en una facción apartidaria, que no sólo activistas sociales llegaron a considerar la respuesta a nuestras crisis, y que hasta el propio régimen temía.

En Vilaagon, la Ciudad más importante de Cefa, la Intendencia principal, se atestiguaba cada disturbio con gradual desconfianza en las acciones de la Testa, como llamaban al Ejecutivo y su concejo. Las calles se llenaban

de rumores, carteles y cámaras, y de temor a los grupos radicales de separatistas, que empezaban a sembrar de atentados las Intendencias más benditas del país, demostrando la fuerza del rencor de los Septs.

Ecologistas, aislacionistas, conservadores, socialistas... el hambre común era más efectiva para unir a las personas, pues ni siquiera los políticos de un mismo partido daban la impresión de ponerse de acuerdo. Era el hambre lo que impulsaba a las madres a marchar, tomadas de los brazos, por el Paseo de la Ciudad, rumbo al Alcázar; lo que impedía a los obreros prolongar las huelgas más de dos semanas y, una vida después de su extraña intervención, lo que persuadiría a Tarquin de usar sus experiencias para sobrevivir en medio del caos.

Hambre y caos.

No podía resistirse. Cada vez que pasaba por ahí, de camino al expendio de alimentos, la tentación de mirar por los escaparates le ganaba sin falta. Sólo tenía que torcer el cuello hacia la izquierda, y ahí, coronando la sección de superventas, el cuadro de arte milenario componía una portada a la vez macabra y enigmática, y el título, Cabellos de cobre: los posibilitadores, por T. Dega, Lic. Psi., hacía eco en la melena encendida de ambas Evas, desnudas en piras contiguas. Una de ellas gritaba, fundiéndose en las llamas, pero la otra consagraba a la turba con un gesto beatífico, y parecía haber salido ilesa de su trampa mortal.

Emplazada en una zona decente, aquella librería solía ofrecer espacios tranquilos para el aficionado. Pero cuando Tarquin Dega se detuvo una tarde a cumplir su rutinario examen, inclinado frente al escaparate, lo que vio reflejado en el cristal lo hizo volverse a erguir como recibiendo una descarga.

De nuevo, lo observaban. La multitud se había esfumado: el ente aguardaba de pie en la acera contraria. Sin pensarlo dos veces, Tarquin reanudó su paseo. No tuvo que volverse mientras ganaba distancia con el corazón en la garganta; sentía que lo seguían.

Había sucedido durante las últimas semanas. Sombreros altos, sonoros zapatos con tacón, trajes idénticos, rostros blancos- tan blancos como una cebolla-, y velados de tal modo que parecían no tener rasgos... vigilando cada vez más cerca.

Los transeúntes colmaban la cuadra. Los lisos edificios acorralaban al gentío entre sus muros, y los vehículos que circulaban cual hormigas por las calles dejaban oír su ronroneo. Ansioso, Tarquin miró a su alrededor: quizá si se integraba en el montón... pero no. Con los ojos puestos en los pies que iban y venían, adivinó la marcha de su perseguidor. Uno dos, uno, dos, más y más cerca. No podía ocultarse. Apretó el paso,

retorciendo las manos que había enfundado en los bolsillos.

Ya llegaba a la esquina. Vaciló unos momentos, y luego dobló la bocacalle: una panadería, tres locales desiertos, y un café. La luz del crepúsculo, filtrada por las nubes, inundaba los letreros podridos. Se topó con dos niños, las medias rotas de una mujer, y el bastón de un anciano. Y de pronto, miró por sobre el hombro, y se detuvo.

— Dios mío... —un segundo más y habría...— ¡Dios mío!

Dobló la esquina. El uno, dos, uno, dos, de los zapatos de tacón le erizó los vellos de la nuca, y la figura del sombrero se dibujó a un lado del cuerpo del anciano que cruzaba la calle.

Correr, ya. El aparecido lo siguió, implacable, emparejando sus pasos al frenético ritmo de su huida.

La cuadra quedó atrás, y también el ajeteo de la avenida principal. Tarquin, sumido en el terror, sólo miraba de reojo: una cometa, una buhardilla, pies que se arrastraban, un perro le ladró al pasar. Un silencio de mal agüero crecía mientras que saltaba de barrio en barrio. Uno, dos, uno, dos, detrás de él... una pareja se embriagaba contra las bardas; el chico usaba sombrero alto...

Comenzaba a cansarse; trastabilló ante el chillido de una chimenea. El vendedor de bananas pasó de largo, dejando una estela fantasmal de vapor que le cubrió todo el campo de visión.

— ¡Uungh! ¡Oiga usted! — le llegó una voz desde un costado. Tarquin, cegado a medias, esquivó el impacto como pudo, antes de doblar en la siguiente esquina.

La muchedumbre no se había disipado. Se escurrió velozmente, y ya dentro de ella, dejó que la corriente nocturna lo arrastrara donde ninguna persecución pasara desapercibida. O quizá...

Se paró en seco, ignorando el empujón de uno de tantos desempleados. No estaba loco. Había llegado a preguntarse si no era todo una ilusión. Pero ahora, ahora lo había visto...

No se molestó en correr más. Miró su reloj, y tomó una decisión: se dio la vuelta, enfrentando la calle. Y en medio de la multitud, como un pilar inmóvil, comprobó que eso, también lo observaba. Reprimió un sobresalto, y aunque estaba temblando, dio un paso adelante. El corazón le dio un vuelco cuando su sombra se movió en sentido contrario, y uno, dos, uno dos, echó a andar, sorteando los cuerpos.

No... Se quedó congelado, pero el ente del sombrero continuó avanzando. Los zapatos de tacón, ¿cómo podían escucharse tan claro?, resonaron acompasadamente en sus oídos.

— ¿Quién eres?

Se acercó más. Una película blanca, sin boca ni nariz, se cernió sobre él, y a dos metros escasos, Tarquin dejó de buscarle ojos. La cara larga, limpia, se hizo visible, pero no tenía rasgos, y el grito horrorizado que salió en un chorro incontrolable de sus labios, perforó su propio cerebro con una intensidad atronadora. Un parpadeo, y en lugar del engendro, una rubia pasó a su lado, interrogándolo en silencio. La corriente humana fluía sin interrupción, como todas las noches. Él, protegiéndose de un golpe que nunca había llegado.

— ¿Qué...?

No... No estaba loco... en derredor, sólo la expresión nebulosa de los ojos hastiados y ajenos. Eso se había esfumado, junto con todo rastro de anormalidad, y sólo perfiles humanos le rozaban las mejillas, arreboladas por el miedo. ¿Acaso había estado alucinando?, ¿había estado huyendo de nadie? Pero, por más que trató de explicárselo, la realidad se encargó de ocupar a Tarquin en otros asuntos, como el hambre que lo había obligado a recorrer las calles en primer lugar.

A la Ciudad no le importaban demasiado los misterios, sobre todo cuando ventura y orden se derrumbaban tan abiertamente.

Día tres

El nuevo día se ha ido. Veo en el horizonte la inquieta luminiscencia de las olas. Aunque me atrae de la marea su frío silencio, la tierra debajo de mis pies es una garantía de que el agua, con su reptante voracidad, podrá perdonarnos de menos otra noche.

La isleta nos salvó. Tratamos de ubicarla en el mapa, pero es tan pequeña que no podemos explorarla. No hay árboles, ni elevaciones que pudieran servir como atalaya, un improvisado puesto de vigilancia, o una señal distintiva; sólo arbustos leñosos y matorrales quebradizos, los más grandes lejos de la arena. De no ser porque está rodeada por infinitos kilómetros de mar, podría considerarse un jardín de tamaño promedio, con hierbas de pradera y sin mucha ambición. Me llevó un minuto

atravesarla de lado a lado, y sólo un poco más rodearla desde la playa, que en el día parece una placa cristalina del grosor de un espejo.

Estamos bien... aún: las viandas no durarán una semana. Tendremos que racionar el agua, y nos tocará una verdadera miseria cada día. Yo tendré que cederle un poco a Henry, ya que nadie cree que vaya a sobrevivir de todos modos. Dos días, y ya están poseídos por la fiebre codiciosa de los caníbales que ven en sus viejos amigos una buena despensa potencial de carne. "Una tontería", dicen, desperdiciar en él lo que podría mantenerme vivo el tiempo suficiente para que

Me niego a escribirlo. No voy a darles falsas esperanzas, poniendo como ellos todas mis energías en alimentar una fantasía tan inútil como absurda. Nadie, como no sea en calidad de náufrago, podría llegar ya a éste sitio donde estamos condenados a tolerar la angustia de una lenta agonía. Imagino que si fuéramos un hato de fantasmas, nos hallaríamos en el limbo, algo así como el centro de desinfección del plano espiritual. Las heridas dolorosas no bastarían, pues el sufrimiento corporal sería un concepto algo contradictorio. El último objeto aquí es el tormento expiatorio del alma. Por ejemplo: el viejo está adolorido, pero después de acomodarle el hombro dislocado, parece que terminará muriéndose al mismo ritmo que nosotros. No estoy seguro de que se lo haya tomado con la debida consternación.

Con todo, sentí un alivio sincero al darme cuenta que ninguno habíamos muerto de inmediato. Y es por eso que he acordado compartir mis raciones con el menos favorecido del grupo. Gracias al cielo, las heridas de mi Kassy no son tan graves como pensaba, y Jace sigue respirando. El Amelia, en cambio, es un caso perdido. Aunque sirve, al menos, como una endeble protección contra el sol.

Con respecto a la isla, discutí con el viejo la posibilidad de que nos halláramos en una demarcación de Darokken, pero rechazó mi idea casi inmediatamente.

—Darokken sólo tiene una demarcación insular, y sería mucho mayor que ésta roca. — me dijo. Le pregunté si había demarcaciones insulanas en alguna otra colonia; yo no recordaba sino a Xanaw. Frustrado a ojos vistas, comenzó a recitarme los nombres de las islas que conocía. Ninguna se ajustaba a la nuestra, aunque es verdad que el cayo en que tenemos que apeñuscarnos difícilmente posee las cualidades necesarias para ser incluida en una carta náutica.

— ¿Se trata de una isla volcánica? — quiso saber Koch. Aquí no existen las conversaciones privadas.

— Tal vez— respondió el otro—. Pero en tal caso, podríamos desaparecer

bajo una oleada durante la siguiente explosión submarina.

— Entonces— concluí—, a esto se referían los antiguos cuando hablaban de parches de tierra que se tragaba el Leviatán...

No bien hube terminado de hablar, empezó a subir la marea. Nos paramos de golpe, alcé a mi protegido en brazos, y esperamos con resignación.

Estoy seguro de que nadie antes que nosotros había tenido que poner pie en esas hierbas mustias; nunca nadie sabrá lo que es enfrentarse a los humores cambiantes de una potestad tan veleidosa. Lo que quiero decir resulta inexpresable, a menos que describa la primera pleamar, sucedida hace un par de días, y apenas unas cuantas horas después del accidente:

Todavía nos arrastrábamos, confusos y atemorizados, con las manos llenas de sangre. Yo, de la de Kassy, que sollozaba histérica en la misma posición y en el mismo lugar donde la había dejado. El mundo daba vueltas. Desatoré el cinturón del viejo; Koch ayudó sacando a mi amigo, quien yacía inconsciente, manchando de rojo la arena blanca.

Con la ilusión de salvar algunos artículos vitales del área del destrozo, que era precisamente el punto de rompimiento de las olas, me lancé de vuelta al Amelia y, temblando a gatas sobre el techo de la infeliz antigüedad, tuve que seguir murmurando: "de acuerdo, de acuerdo, de acuerdo...", con tal de no perder la calma. Podía escuchar el siseo malicioso del agua golpeando el fuselaje. De pronto, empezaron a gritar. Mis rodillas volvieron a empaparse, y la sensación de peligro latió en mi barriga al notar que todo se anegaba. Me las arreglé para encontrar la comida, el botiquín y algunos artículos de emergencias regados entre las esquirlas, y sin demoras me dispuse a salir, cargando con todo al mismo tiempo, para no tener que regresar. No imaginaba lo difícil que sería, acarrear todo así que se volvía más pesado, y escapar chapoteando de la trampa. Una vez afuera, suspiré con alivio: ¡claro!, estaba en la playa, y ahí las olas golpeaban con fuerza; nada más natural. Habiendo cumplido mi misión sano y salvo, y ya lejos del alcance del mar, pensé que podía relajarme. Pero en menos de un minuto, las aguas rebasaron el banco de arena, y en el centro mismo de la isla, nos lamieron los pies.

Kassy gritó, yo temblé más aún, y Koch, el mejor equipado para tales situaciones por no contar con sentimientos, me ordenó que lo ayudara a levantar a nuestro camarada.

Irónico, Henry fue el único que pudo ponerse a salvo, y encaramado en el arbusto más alto, se puso a observar con ojos como platos la crecida que comenzó a golpear las ramas bajas de su refugio.

Con el agua en las rodillas, en los muslos, en la cintura, sentimos que nuestra hora había llegado. Durante unos segundos, la mirada del viejo se

cruzó con la mía, y al desviarla hacia Kassy, las pupilas de Koch la interceptaron. Durante unos segundos, urdiendo una cadena de mudo entendimiento con mis tres compañeros, llegué a olvidar dónde me encontraba, y mi espíritu dio un paso atrás, fuera de mí, para dejarme en una claridosa oscuridad. Luego, sentí que perdía el piso, y la mar nos obsequió el susto mayor desde que quedáramos desamparados en sus dominios. Tragamos mucha agua, y ya pataleando, lloramos con la corriente cubriéndonos el pecho.

Un largo martirio. Jace, en nuestros brazos, se nos fue dos veces, y el viejo sólo se mantuvo a flote porque no habría dejado que eso sucediera tan fácilmente. Cuando al fin pudimos apoyar los pies estábamos exhaustos, y la mitad de nuestras provisiones se habían perdido. De todos modos, Kassy lo tomó como un regalo divino; un renacimiento, fueron sus palabras. Nadie la abucheó, aunque tampoco quisieron secundar su febril entusiasmo.

Las siguientes horas no nos atrevimos a pegar el ojo. En lugar de eso, hallamos una forma de proteger los víveres restantes, y nos frotamos las heridas, que nos hervían luego de semejante baño de sal.

No pretendo que el ex-consultor nos diga cuáles son nuestras posibilidades de morir, y las distintas maneras de hacerlo. Puedo sospecharlo solito. No nos queda más que hacer lo que la naturaleza nos dicta, que es mantenernos vivos hasta que, sin esperárnoslo, nos sorprendamos en ese momento, nuestra hora, contemplando sobre el oleaje los parpadeos rojos y azules de un planeta remoto.

Las mañanas frescas eran inusuales, sobre todo a mitad del año. Cuando el calor del sol cedía, y las primeras luces traían consigo un viento tan intenso que desordenaba los cabellos, el gozo apadrinaba la Ciudad: panaderías, jardines y otros negocios se rellenaban de clientes, y los niños salían a jugar a las calles, situándose de cara a las ráfagas.

Tarquin salió de casa con un amago de sonrisa en los labios. Se había levantado con la mente despejada, y había experimentado un agradable cambio de ánimo en sintonía con la inusual temperatura. ¡Qué diablos...! Era un día muy hermoso; un día perfecto para consentirse. Caminó tranquilamente con un día de salario en el bolsillo de su abrigo, y paladeó una delicadeza humeante en un rincón privado del café Walchelim, que era una experiencia fuera de serie por ser casi exclusiva de los más afortunados. A media luz, no reconoció la silueta que se giró desde el

exhibidor de la barra, apenas hubo tomado asiento.

— ¡Doctor Dega! — exclamó el sujeto, dirigiéndose hacia su mesa. La pantalla multicolor de la lámpara reveló desde el techo un semblante cuadrado, de pómulos altos y barba negra y anticuada.

— ¿Sewall? — Preguntó Tarquin, con algo de asombro en la voz— ¿Es usted?

— ¿Qué tal, eh?__ rio el aludido por respuesta—... ¡ésta ha sido una mañana notable!

— ¡Y que lo diga!... ¡siéntese, por favor!

Sewall, complacido, obedeció rápidamente.

__ Pues si insiste.

__ El doctor Yarin Sewall__ repitió Tarquin, como haciendo memoria—... ha pasado mucho tiempo. Qué casualidad encontrarlo en el Walchelim.

— Oh, como le dije, una mañana extraordinaria... diez grados allá afuera y una buena temporada de opresivo trabajo. No quería morir sin antes haber puesto pie en el oasis de ésta Ciudad.

— Estoy de acuerdo, amigo.

— ¿Cómo se encuentra?

— Perfecto. Oprimido también, ya lo ve.

El hombre soltó una breve carcajada. Había colocado la silla de costado, y se tomaba la rodilla de la pierna cruzada con apacible extravagancia.

— Bien, muy bien. ¿Todavía está dando giras? Recuerdo haber captado en el diario que la próxima convención será en las Intendencias del centro.

—Oh, ésta vez me tomé unas vacaciones. De las convenciones, quiero decir. Las giras...

Sacó un palillo y comenzó a hurgarse los dientes, dejando la respuesta a medias. — ¿Aún lee el Deyrna Chronicle?

—Siempre. — le sonrió Sewall— Y, hablando de trabajo, me llegó un paciente de lo más interesante hace un tiempo... no creo que haya ningún problema si le confío unos cuantos detalles... ¿le importaría al consultor

darme su opinión profesional?

— Eh... no, no; faltaba más.

— Pues bien. El personaje en cuestión, es un hombre a quien me referiré como X.

— ¿Dío-consciente?

— Sí, claro. Y de hecho, es un caso excepcional en todos sentidos: un hombre con principios, y verdaderamente interesado en el porvenir. Es una de esas personas que, aunque expertas en un ámbito de trabajo delicado, letradas casi, no por eso pierden el sentimiento de empatía que los mueve a encauzar su vida en pro del bien común. Serio, algo severo incluso, inspira confianza y refleja una integridad personal que le granjea un moderado pero bien escogido número de amigos; por lo general, gente que también vale la pena.

Tarquin, escéptico, se sonrió burlonamente.

— A mí me parece que éste X le ha robado el alma, Sewall.

El aludido hizo un leve ademán con la mano con que gesticulaba.

— Ese comentario, Dega, resulta especialmente acertado en una persona como él.

—No me diga. Entonces continúe, está logrando interesarme: conque es un pelirrojo que busca almas mortales para apropiárselas con su título profesional.

— Oh, sí— confirmó el doctor—. Un verdadero académico que escribe, enseña y se aburre de lo lindo. Y sobre todo, un individuo con habilidades increíbles, como usted mismo lo diría. Sabe a qué me refiero: su alcance sobrepasa con mucho los minutos. Los episodios son especialmente ramificados. Y no tratan solamente de acciones personales intrascendentes; a veces tienen que ver con cualquier circunstancia en la que X está o estará involucrado.

— Todo eso suena bien, pero, ¿cuál es su problema? — inquirió Tarquin, sorprendido. Sewall se encogió de hombros:

— Ha llegado el momento en que X decida si quiere o no curarse de su hipercepción... y si realmente, curarse es lo mejor. Dígame, doctor, ¿aún cree usted lo que me dijo ese día, durante nuestra charla? ¿Que los cabellos de cobre son... un regalo divino, una segunda oportunidad para el mundo? — la boca de Sewall se torció; una extraña rendija en un marco azabache. Tarquin frunció el ceño, y volvió a echar el cuerpo para atrás.

No se le había escapado cierto tono, impropio de una reunión causal y de una ligereza artificial, con que su compañero había dicho lo último. Sin duda, lo invitaba a expresarse libremente. Se acomodó en su asiento, e impulsado por el talante de éste, dijo con la libertad que ofrecía el doble código:

—Lo creo.

— X lo cree también—apuntó Sewall—. Si pudiera elegir entre deshacerse de las giras, los congresos y esos episodios, y llevar una vida normal; o enfrentarse al estigma, a su marca de nacimiento, y cambiar el mundo a gran escala y para siempre, sospecho que se inclinaría sobre lo último. Y es exactamente por eso que alguien está dispuesto a darle la oportunidad de usar su... talento, para el provecho de todos.

— ¿Alguien? ¿Quién?

— Por ahora, eso no es lo importante. Como dije, sospecho que si un genio apareciera frente a él con estas dos opciones, nuestro hombre no lo dudaría demasiado. Después de todo, ha hecho grandes cosas por nuestros semejantes desde su juventud... ha salvado vidas, arriesgando la suya. ¿Qué dice usted?

Su mirada, fija en Tarquin, brilló de nueva cuenta. Éste, sin desviar la suya propia, había experimentado un cambio: su rostro había adoptado una expresión casi insondable, aunque la curiosidad lo carcomía.

— ¿Cómo? — preguntó secamente. Había captado el sentido del juego, sólo que ya no se le antojaba divertido. El doctor Sewall no se inmutó.

—Auxiliar en una empresa de planificación.

— No entiendo.

— Hablo en términos sociológicos, por supuesto. Un posibilitador, si puedo tomar prestado su vocabulario, sería un bien importante para cualquier empresa de éste tipo. Y nuestro amigo X, es de por sí un hombre importante... el mejor de su clase, si consideramos sus episodios un don... un "estado", en lugar de una "condición".

—Sí hay tal lugar...— musitó Tarquin. Se leía una revelación en su semblante. Sewall se irguió, dibujando una sonrisa de alegre entendimiento.

—Lo habrá— afirmó en voz baja—. Pero primero deben saber si su tesis es correcta.

— ¿Mi tesis? ¿Y cómo lo sabrán?

—Sólo hay una manera. En cualquier caso, existe la oportunidad de utilizar tanto los regalos naturales como las competencias resultantes de su preparación académica. El hombre debe conocerse a sí mismo, y es el auto-conocimiento lo que permitirá que andemos por la senda correcta, persiguiendo la mejor existencia. Toda planificación sería imposible sin un consultor en psicología humana, ¿no lo cree?

— Sewall... ¿han estado siguiéndome...?

— No se asuste, mi amigo. Me disculpo, pero prometo que le diré todo a su tiempo. Recuerdo haber escuchado de su boca ciertas convicciones que me inducen a mencionar el asunto. Usted mencionó el título Sí hay tal lugar: leyó el libro de Wilcox, y sabe que me rijo fielmente por los principios ahí expuestos; la violencia es algo que desdeño. X no debe temer a sus posibles contratantes, pues ellos, como usted y como yo, sólo quieren hacer bien: su principal objeto es asegurar una existencia digna para todas las criaturas, y una paz impoluta. Y ahora mismo, lograr lo que le digo es muy posible, muy posible...

Aquí está la propuesta: cambiar el mundo. O no, y entonces jamás volvería a saber de mí.

Si es lo primero, su vida cambiará también; dejándolo solo y de cabeza. Aunque, a mi modo de ver, aceptar habrá valido la pena. Si es lo segundo... ¡bien!, tendrá que dejar de preguntarse acerca de lo que nunca sucedió, y soportar la espinita que sentirá cada vez que piense en ésta conversación.

— ¿Y si tuviera que pensarlo?

Sewall asintió.

— Le diría que tiene hasta las once del domingo para irse a comprar un helado a los muelles de la isla Seanna. Si tiene ropa negra y amplia que lo proteja del calor mientras pasea por el mirador, mejor que mejor. Claro, si prefiere quedarse en casa y olvidarse de todo, está la opción tradicional de una buena velada frente al televisor. Nadie lo molestaría después de eso.

—Nuestro encuentro de ahora no fue accidental, ¿verdad... doctor?
Sewall descorrió su silla.

—Para serle sincero, mi amigo, nunca creí en los accidentes. Pero es algo muy tonto cerrarse a las posibilidades, y eso lo sabe usted mejor que

nadie.

M

Capítulo 2

Capítulo 2

Las pruebas

La última convención le solicitaba como conferencista. Tarquin se había negado, y el por qué, estaba en las siluetas furtivas que le seguían los pasos desde hacía algunos meses, torturándolo hasta el cansancio.

Ahora lo entendía: Yarin Sewall era un nombre cualquiera, y su rostro, una máscara de facciones regulares diseñada para engañar, e inducir al engaño... ya sin identidad, el hombre de la barba negra había desaparecido nada más llegar al exterior, dejando a Tarquin en un silencio pensativo.

Recordaba vívidamente la ocasión en que aquel nombre y aquel rostro habían reclamado por primera vez su atención; la convención del año anterior y el entusiasta que se había hecho llamar psiquiatra, hablando sin tregua sobre las mismas cosas que Tarquin hubiera querido tratar durante su discurso. La frase "un estado, no una condición", casi un resumen de su libro, se alimentaba de la práctica de Tarquin como consejero, pero el doctor Sewall había lanzado un poderoso anzuelo revelándole numerosas anécdotas y experiencias que la respaldaban. La charla había sido apasionante, y en aquellos momentos, el hecho de que un completo desconocido pareciera conocerlo de toda la vida, no le había inquietado en absoluto. Aun así, Tarquin ni siquiera pensaría en él cuando, rondando la biblioteca, alquilara: *Sí hay tal lugar*, por Datiel Wilcox, el mismo libro que Sewall le había recomendado. No, al menos, hasta empezar a sentir esa especie de inquietud que le quitaría el sueño, y en seguida, la certeza de que alguien lo acechaba. De pronto se sentiría más solo que de costumbre, y también más vulnerable.

Fue aquella vulnerabilidad, o quizá su recuerdo, la que, disipada misteriosamente tras la salida de Sewall por la puerta principal del Walchelim, lo impulsó a tomar el ferry dos días después, cuando el sol volvió a salir, y las nubes lilas abrieron paso a un cielo despejado.

La isla Seanna no era el lugar idóneo para disfrutar un domingo en familia, pero se le antojaba a Tarquin un pésimo punto de reunión: el tráfico era controlado, había cámaras de vigilancia en los complejos techados, y policías (recursos cada vez más escasos) por todas partes, incluyendo los muelles; esto último como testimonio del caos que había

reinado en la isla antes que la Testa pusiera remedio a su anarquía.

La gente pululaba en los balnearios porque eran gratis, aunque a raíz de los crímenes que solían cometerse ahí de cuando en cuando, no existía en las inmediaciones del lago sitio de peor fama, y más vigilado que aquel.

Incómodo en la fila de abordaje, Tarquin se debatió entre ajustarse la chaqueta negra o dejar al aire la camisa blanca que llevaba debajo, sólo por si las dudas. Seanna se hallaba lejos del puerto y quizá no importara todavía el color de ropa que usara, aunque, si daba la señal equivocada...

Próximo a la pasarela, soportó desairado el cateo y escogió un sitio relativamente confortable en la proa, rodeado por el barullo de un grupo de niños y sus madres indolentes.

— ¡ATENCIÓN PASAJEROS —sonó la voz del capitán en el amplificador—, RECUERDEN CONSERVAR SUS BILLETES! LLEGAREMOS A NUESTRO DESTINO EN UNA HORA.

En marcha. El reflejo del sol blanqueaba las leves olas que eran todavía lo único visible adelante, y la brisa que le daba en el rostro podía haber sido un detalle paradisíaco, de no haberse encontrado con el estómago hecho un nudo. Consultó su reloj: las nueve menos cinco. Optó por dejarse la chaqueta abierta, manifestando su indecisión, y pensó en la seductora frase de Sewall: "cambiar el mundo... o no, y vivir para siempre con la duda."

De ningún modo había creído que él, un dió-consciente, pudiera hacer algo como cambiar la historia individualmente, con el sólo empuje de su capacidad; no era tan estúpido, ni tan arrogante. Tampoco había escrito su libro con la intención de transformar a sus pacientes y los pacientes de sus clientes en súper-héroes. Pero, no dejaba de preguntarse... si lograba alterar la forma en que el mundo percibía a los de su clase... más aún, si pudiera ejercer una función específica, propia y exclusiva de su hipercepción, en aras de un sistema mejor, tal vez podría otorgar lo mismo a quienes se hallaban luchando por un lugar en el mundo, justo aquellos instantes. Si podía ayudar a crear algo definido para cambiar esa sociedad condescendiente, que en su obsesión por tapiar cualquier debilidad o diferencia, terminaba señalándolas mucho más que de haberse atrevido a declararlas... en fin, nada se había dicho acerca de la segregación cortés de que eran víctimas los cabellos de cobre, pero cambiar el mundo para bien debía incluir un plan que ayudara a resolver todos esos problemas.

Sewall mencionaba una empresa: una herramienta para alcanzar el nuevo amanecer que miles de personas, y él mismo, deseaban sin muchas esperanzas. Quizá, algo de qué asirse para sobrevivir hasta que aquel llegara. Por otro lado, no ignoraba el hecho de que navegaba hacia el

lugar con mayor índice de asesinatos en toda la Ciudad, y eso era, por sí mismo, un contrargumento digno de tomarse en cuenta.

Negó con la cabeza, ahuyentando sus siniestros pensamientos, y soportó los empujones de los críos a medida que el ferry ganaba velocidad. ¿Pero qué estaba haciendo?... ¿tan cansado se sentía de la vida como para hacerse víctima voluntaria de alguna burla, o peor, de algún crimen cuidadosamente planeado? Tarquin era un doctor, y sabía reconocer la depresión en pequeños indicios como aquel cambio de comportamiento. Sabía que tenía razones para encontrar su vida, con fama y éxito incluidos, menos gratificante que nunca. Y sabía que, aunque no confiaba en Sewall, deseaba hacerlo. Por eso estaba ahí, dejando una estela de agua tras de sí, encaminándose libremente hacia una incógnita que le había llegado de sorpresa.

Las suaves colinas de la ínsula se dibujaron a lo lejos. Luego, una bahía ancha y poblada. Las cabinas de control en los muelles, toscos bloques de piedra, no eran una amenaza, pero Tarquin se sintió estremecer con vaga culpabilidad. Las diez y cuarto: llegaba con el tiempo justo, y parte de su nerviosismo se debía a que sólo había visitado Seanna una vez en su vida, con alguien que no quería recordar en ese instante, y con quien la había pasado mayormente en los balnearios de la parte norte de la isla.

—Bien...— se dijo, cogiéndose a la borda así que el transbordador llegaba a su destino. Tendría que actuar rápidamente.

El operador los formó en parejas, y una mujer vestida con lo que parecía un traje de luto se acomodó sonriente a su lado. Entregaron los billetes en las cabinas, y remontaron los túneles que conducían a la playa escarpada y a la escalinata techada que hacía más soportable el forzado trayecto ladera arriba.

Los baños se hallaban a una altura intermedia, y desde afuera, sus columnas eran inconfundibles; el techo plateado abarcaba longitudinalmente casi la mitad de la isla, el azul de los vidrios polarizados, tan gruesos que eran imposibles de romper, alcanzaba destellando el ojo. Como todas las demás construcciones, desentonaba con el paisaje, afeando la cima del cerro que coronaba uno que otro árbol centenario. Los conductos, por supuesto, se hicieron más anchos al dejar atrás el puerto, y la fila de turistas se rompió silenciosa, desperdigándose en bifurcaciones cada vez más frecuentes.

La gente de Cefa acostumbraba no dirigirse la palabra en lugares comunes, si no por un exceso de urbanidad que se había vuelto la norma desde hacía varias décadas, por lo menos defendiendo la privacidad que en otros tiempos, sus antepasados habían derrochado sin echar de menos hasta que fue muy tarde. Por eso, entablar conversación o siquiera pedir direcciones se consideraba algo vulgar e impropio. Pero Tarquin llevaba

prisa, e ignoraba dónde se hallaba el mirador, así que, luego de correr hacia el único puesto de helados visible en las proximidades, se obligó a preguntar un poco abochornado, cuál era la ruta más corta.

Demasiado apurado para cerrarse la chaqueta, tuvo que saltar los obstáculos rumbo al punto de encuentro con la golosina derritiéndosele en el cono. Lo primero que pudo ver, separada de la boca del túnel por quinientos metros de césped, fue la torre del reloj, marcando: 10: 56

Se acercaba el momento. Estaba en el mirador, donde seguramente atentos a su respuesta, lo estarían observando. Sólo que... ¿cuál sería su respuesta? Comenzó a debatirse. Aún con la camisa blanca al descubierto, salió del túnel para recibir en un segundo el golpe de los rayos del sol. No se atrevió a deshacerse del cono de helado, pues además del atuendo, sería uno de sus pocos distintivos, y sintiéndose demasiado tenso como para tomarse su papel tan en serio, se limitó a andar muy lentamente hacia los binoculares emplazados en el mirador.

10: 57

Una ráfaga de aire muy cálido lo empujó débilmente hacia atrás. No estaba seguro. Se detuvo, meneando la cabeza. No tenía sentido... buscó con la mirada a un hombre vestido de negro, con un cono de helado idéntico al suyo... o quizá con un intercomunicador pegado a la oreja. Algunas personas, vestidas de veraneo, lo interrogaron sin palabras; no convenía quedarse parado a la intemperie, aunque fuera un minuto. Tarquin retrocedió, considerando las ramificaciones de aquella decisión: una muerte violenta, un descubrimiento, un laberinto sin salida. Una oportunidad...

No. Su incertidumbre no era tan honda. Se volvió nuevamente, sintiendo las quemaduras que comenzaban a ampollarle los brazos y el rostro, y vio que sólo le restaba un minuto. Tendría que correr.

“Su vida cambiaría también, dejándolo solo y de cabeza...” Cayó en cuenta de lo redundante de la frase: su mundo ya estaba de cabeza.

Se lanzó a toda velocidad hacia delante, ignorando las manchas de helado y el ardor de las quemaduras en su piel, y saltó junto a un binocular un segundo antes que el reloj marcara:

11:00

Sudoroso, ocultó la única prenda blanca que llevaba puesta, y asegurándose de que el helado no escapara a la vista, se paseó con aire ansioso de un lado a otro de la gran plataforma que daba al verde intenso

del lago.

El sistema del dinero había caído hacía dos generaciones. No solamente las matanzas de la Dominancia Territorial influyeron en el derrumbamiento del mundo hasta entonces tan orgullosamente "civilizado": la inercia, gravedad, o como quiera llamársele a aquello que es inevitable, erosionó el valor de la moneda circulante, y acabó con las reservas de materiales puros. Y la agonía de la riqueza enardeció a los ambiciosos, cuya imparable sed saciaron quienes, tambaleándose en la ruina, aceptaron rendirles pleitesía. El dinero se "salvó", aunque los únicos que sacaron provecho fueron acaso diez personas. Todos los demás, se vieron obligados a conocer una nueva dimensión de escasez.

Benjamin Colton fue unos de los pocos que lograron conservar las comodidades-reliquia de los tiempos de sus bisabuelos. Gary Colton, emperador de la industria farmacéutica, era su padre, y el segundo al mando desde que su propio antecesor fundara la empresa que, en contraposición a las plagas, tuviera la mayor participación al final del siglo pasado. Para el mundo, y para su familia, el heredero de los Colton sería siempre un personaje envuelto en un aura interminable de propiedades, acciones y nuevos centavos. Su nombre, totalmente impoluto, levantaría considerable envidia, pero jamás sospechas. Sobre todo cuando, a la muerte de su esposa y el abandono de sus hijos, pareció concentrar toda la fuerza espiritual que le quedaba en un proyecto de extraordinaria, y rara, nobleza: en el estado actual, la beneficencia era una muestra de desprendimiento rayana en el suicidio; nadie habría de preocuparse por otros, cuando sobrevivir a base de carencias era ocupación general. ¿Qué habría tras una acción tan radical?, se preguntaron muchos: ¿Amor? ¿Culpa?... mas, un hombre con su reputación... los más pobres dirían que al fin regresaba a la sociedad parte de lo que le había quitado, y los más comprensivos admirarían el alcance de la grandeza de quienes, habiendo luchado para erradicar las pandemias, luchaban ahora para eliminar la pobreza. Los menos ingenuos, traían a colación una trillada campaña de publicidad, y varios cínicos se encogieron de hombros. Pero ningún razonamiento era acertado, y esta gente nunca conocería la verdadera empresa de Colton, a pesar de que verían surgir otras importantes campañas.

El transporte automático atravesaba Vilaagon en unas dos horas. Era un sistema subterráneo silencioso, que unía permanentemente las tres

Marcas de la ciudad y funcionaba incluso durante los paros de autobuses y tranvías.

Tres meses después, y abrigado del frío con su gabardina favorita y con la leve vibración del enorme motor bajo sus plantas, Tarquin volvió a leer el mensaje anónimo que le había llegado por correo en la mañana:

TOME LA LÍNEA TRES DEL METRO A LAS 8:00 ESTA NOCHE.

Y.S.

Sewall... luego de la "cita" en la isla, el tiempo había pasado con tanta lentitud que el silencio de sus posibles contratantes le había parecido algo definitivo. Apenas se había empezado a convencer de que todo era su culpa, causa de un error inadvertido mientras corría con torpeza en pos de los binoculares, en aquel mirador; o quizá todo había sido una mentira. Pero entonces, Porter el portero le entregó un sobre con expresión tan curiosa como la suya al recibirlo. Un sobre, un papelillo (sintético, sin duda) de suave textura doblado a la mitad, y una firma de puño y letra de... ellos.

El momento había llegado. Tras unos instantes, el exótico aviso había adquirido nuevo sentido: todos los demás medios, los medios digitales, eran rastreables; ¿qué mejor forma de invisibilidad que la comunicación arcaica de los tiempos de la discontinuada celulosa? El correo mediaba envíos aún más extravagantes...

Había pensado sólo un poco en todo aquello, porque luego del leer el mensaje su cerebro se sacudió, y fue víctima de un fuerte episodio: cayó al suelo con los ojos abiertos, y vio los dos primeros resultados: a sí mismo frente a la estación, dudando unos instantes hasta retroceder por el camino desde el que había llegado; y a sí mismo sentado, tal como lo hacía ahora, sintiendo no recordaba qué cosa picándole la articulación de la rodilla. Después, el acceso se ramificó, y vio cómo hacía todo el circuito del metro antes que un grupo de ladrones lo amenazara con navajas; cómo se equivocaba de tren, cómo esperaba toda la noche antes de darse cuenta que todo había acabado...

Las posibilidades estaban en su contra; en contra de Sewall, en todo caso. La primera visión era siempre la más probable. Así que tuvo que esforzarse para no echarse para atrás cuando acudió a la estación, envuelto en su gabardina favorita y estremeciéndose por la incertidumbre.

El metro se detuvo por quinta vez en una estación iluminada con lámparas verduzcas, anunciando su parada. Uno que otro pasajero se escurrió hacia la salida, esperando que la puerta se abriera. Tarquin arrugó el papel sintético en la mano y apoyó la nuca en el respaldo del asiento, sintiendo

la anticipación como un parásito en las tripas. ¿Y ahora qué?... ¿A dónde se suponía que debía ir?

La oleada de frío le palmeó la mejilla cuando una profusión de viajeros subió a bordo, apeñuscándose entre tubos y asideras. Alguien se sentó a su lado, y en medio del caldeo interior, Tarquin sintió con los ojos cerrados cómo el mango de un paraguas se clavaba en su pierna. Abrió los ojos: un mango marrón, y una lona verde medio plegada que invadía su espacio personal. Subió la vista. La sonrisa de la anciana lo retaba.

—Dega—dijo de pronto—. Déjeme guiarlo.

Se incorporó, y escapó en un parpadeo a través del acceso. Tarquin, sorprendido pero todavía dueño de sí, la siguió sin tardanza, y puso pie en tierra dos segundos antes que la puerta se cerrara tras él. El metro se alejó, y la peligrosa soledad de las noches se apoderó de la estación. Nadie, excepto la mujer, se hallaba a la redonda, y ni siquiera le dio tiempo de romper el silencio que le había secado la boca:

—Puede llamarme Turmaline. Ahora le pondré esto.

Y, estirando un pañuelo negro frente a él, le dio un par de tirones como para mostrárselo.

Tarquin vaciló. La anciana, perceptiva, bajó los brazos, dedicándole una extraña sonrisa.

—Querido, esta es su oportunidad. Su última oportunidad. Nuestro amigo común nos envió aquí; deseo que todo salga bien.

— ¿...bien?...

—Bien para todos. Bien para usted y para mí. No debe tener miedo... me dijeron que sería desconfiado, pero, yo sé que todos desconfían antes de saber.

Curioso. Antes, en el tren, no había sabido qué esperar, pero definitivamente no era eso...

—Es su oportunidad—repitió ella—. ¿O ya se ha arrepentido?

Tarquin masticó la idea. Luego, se obligó a bajar los hombros. No tenía que ser un dío-consciente para calcular los posibles resultados de continuar, o echarse para atrás.

—De acuerdo—aceptó, y dejó que Turmaline le vendara los ojos.

Salieron de la estación en silencio. Tarquin, que usualmente no tomaba el tren, comenzó a desorientarse un par de minutos después, asido por la anciana del brazo y con el rostro más helado que nunca. Aún podía sentir el movimiento de los demás transeúntes, desfilando aquí y allá con sus pasos resonantes como única señal.

Sus pies sintieron un leve desnivel, subieron una banqueta, caminaron un momento más, y luego Turmaline se detuvo, ayudándole a apoyar las manos en lo que parecía el costado de un pequeño vehículo. Si todavía no se hallaba perdido, un viaje en coche destruiría su orientación por completo... sus contratantes eran inteligentes.

— ¿Dónde está Sewall?—se atrevió a preguntar, ya en el interior del auto.

—Ya lo verá— el tono dulcemente guasón de la mujer lo intrigaba—. Ahora sea paciente—y arrancó.

No supo cuánto tiempo condujeron. Con los vidrios cerrados, dejaron atrás todo sonido, la sensación enervante que ocasionaba el brusco vaivén de la temperatura como siempre que anochecía, y la moderada velocidad que Turmaline había adoptado al volante. Tarquin, ciego y sordo excepto por los tarareos que soltaba ella de cuando en cuando, sintió que aceleraban vertiginosamente, girando una y otra vez hacia el olvido.

—No vomite, querido: ya casi llegamos.

Y de súbito, pisó el freno, ladeó el coche hasta hacer chirriar las llantas, y aparcó. El pasajero ni siquiera intentó descubrirse los ojos. Sus jadeos llenaron una nueva pausa en la que Turmaline abrió la puerta del conductor, y salió sin pronunciar palabra.

—Espere... ¿qué está haciendo?

Pero no hubo respuesta, y el soplo del exterior se coló en los asientos durante un rato indefinido en el que Tarquin se quedó solo.

Tic, Tic, Tic

Se puso en guardia. Sonaban como guijarros en la ventana. Hubo un rumor, otro golpeteo y alguien abrió la puerta de su lado.

— ¿Qué caraj...—pero el violento jaloneo le cortó la respiración al tiempo que lo extraía del vehículo. Era un hombre, eso seguro. A menos que la pequeña Turmaline fuera en realidad un luchador travestido, en cuyo caso, se hallaba en más problemas de lo que había creído.

Lo arrastraron a buen paso. Y después, una sola palabra:

— ¡Escalón!—, demasiado tarde. Tarquin perdió pie, y a pesar del agarre del desconocido, cayó de bruces en una superficie lisa. Su frente impactó en un bloque de concreto que removió la venda floja, y el vistazo de unas escaleras y un umbral a menos de tres pasos, se reveló fugazmente a sus ojos.

Su acompañante soltó una velada maldición, y sus manos tomaron a Tarquin del cuello de la gabardina antes de propinarle tal patada que lo lanzó despedido hacia adentro.

No tuvo tiempo de quejarse: el mismo férreo agarre lo aplastó contra el suelo, mientras que la voz que había tratado de alertarlo siseó en su oído:

—Ahora... cierre los ojos.

Obedeció, y las manos volvieron a ponerlo de pie, sustituyendo al trozo de tela que hasta entonces había bloqueado su visión. Echaron a andar sobre un piso resbaloso, y pronto el murmullo de voces dirigió a Tarquin en diagonal, sin que su salvaje chambelán tuviera que hacerlo. Unas puertas se abrieron frente a ellos, golpeando contra la pared, y de inmediato el estrépito de pasos de dos o tres personas que fueron a su encuentro surgió como por arte de magia.

— Ah, nuestro... ¡Wigin, idioto! ¿Quié stás haciendo?

— ¡Por Dios, Wigin!, ¿qué le has hecho a éste hombre?...

—Y vienie destapado...

El chambelán, que parecía ser Wigin, respondió con voz aplastada:

—Fue un accidente. Se me cayó en la entrada.

— ¡Cállatie!

—Vamos, vamos, rápido... y cierra el portón de inmediato.

Un nuevo empujón obligó a Tarquin a moverse. El aire, más cálido allí adentro, incrementó su nerviosismo. Dos pares de puertas se cerraron, y finalmente, Wigin retiró su mano.

La luz provenía de unas lámparas colgantes de cristal, aunque Tarquin estaba demasiado confuso para darse cuenta. Lo deslumbraba el cuarto después de aquel periodo de sombras, y sentía un hilillo de sangre que le corría por la mejilla. La voz de uno de los hombres rompió el incómodo

silencio. Entre manchas brillantes, un rostro ovalado de ojos oscuros se acercó boquiabierto al recién llegado.

—Por Dios; míralo nada más...—se volvió bruscamente, y adoptó un tono de sincera indignación— otra vez pateando, ¿verdad?, itú, bestia, ¿en qué estabas pensando?! ¿Cómo se te ocurre tratar de esa manera a uno de los nuestros?

—No es uno de los nuestros—replicó la descarada voz de Wigin.

— ¡Pues ahora probablemente no! ¡Ahora seguro que no quiere tener nada que ver contigo!

— ¿Sie encuentra bien?—preguntó el tercero, con un extraño acento cuyo origen se le escapó a Tarquin—Wigin tiene compliejo die futbolisto.

—Bien...—musitó a duras penas— ¿Quién diablos son ustedes?

Pero una nueva aparición se llevó la respuesta.

—Sus posibles colegas.

Sewall, con su buen talante de siempre, le lanzó una fresca sonrisa. Vestía de traje gris, que hacía resaltar su barba y sus cabellos negros, y llevaba unos guantes de apariencia sintética. Tenía toda la finta de asesino a sueldo. Al momento de entrar en la recámara, el muro a sus espaldas se cerró nuevamente con un CLIC.

Tarquin pestañeó. La visión comenzaba a aclarársele: estaba en una sala cuadrada, una clase de vestíbulo empapelado con suelo de mármol, y un espejo octagonal en la pared. Ante sí, tres hombres lo observaban presas de una mezcla de gusto y curiosidad mal satisfecha. Uno de ellos, mucho más alto que él, tenía manos grandes y huesudas, y zancas engañosamente flacas cuya potencia Tarquin ya había probado.

—Ahora veamos si puedo hacerle las cosas más fáciles—dijo Sewall así que extraía un pañuelo de su bolsillo y hacía por enjugarle la sangre—: Tiene frente a usted a los señores Wando, Wagon y Wigin. No me pregunte si son sus verdaderos nombres. Ellos son los encargados de recibir a nuestros prospectos, para probarlos.

— Probarlos...

—Oh, no se preocupe, mi amigo. No será el examen de egreso de la Facultad de Medicina, si es lo que le preocupa. Se trata de una serie de preguntas que aclararán para todos, incluyéndolo a usted, los motivos por los que deberíamos aceptarle. Le dije que nos comunicaríamos con usted,

y aquí está.

—Así es—gruñó Tarquin—. Tres meses más tarde y golpeado.

—Entiendo su irritación, y le pido dispense la entrada tan forzosa a nuestro establecimiento. Lo cierto es que no se puede ser demasiado cuidadoso al reestablecer un contacto.

— ¿Van a matarme?

Wando y Wigin soltaron una risa. Sewall, casi interrogante, se giró hacia ellos, para luego corearlos.

— ¡No, no, claro que no!

— ¿Entonces, por qué tanto misterio?

—Tiene que entender que...

—Shht. Primero la examinación—interrumpió Wagon. Tarquin lo fulminó con la mirada.

— Eh... cierto—dijo Sewall, como si hubiera estado a punto de cometer un desliz—. Lo siento, Dega, pero las respuestas tendrán que esperar. Ya sabe todo lo que necesita saber por el momento. ¿Qué más?... el Proceso consta de tres etapas, por lo cual deberá prepararse. Le llevarán a una habitación especial para llevar a cabo la primera prueba.

— ¿Y usted?

—Mi trabajo está en otra parte. Ya nos veremos; una vez completo el Proceso, le prometo que podrá reunirse con el resto... En cuanto a ti, Wigin—el aludido dio una cabezada—: por última vez, ten cuidado en esos escalones: discúlpate con Dega antes de irte.

Y salió ésta vez por la puerta, dejando a Tarquin solo con los tres hombres.

Wando, de cabeza redonda y nariz larga, se encogió de hombros, apaciguándole con la mirada. Wigin, en cambio, pidió disculpas con las manos tensas y una expresión un tanto peligrosa.

— ¡Bueno!—saltó Wagon cuando el portero se hubo marchado—, es hora de dedicarnos a nuestros asuntos. Haga el favor de seguirnos, señor Dega.

— ¿Qué sucede si no paso las pruebas?—preguntó el aludido, lamentando perder de vista al personaje cuya familiaridad lo había tranquilizado un

poco.

—Muy fácil: haría el mismo viaje que lo trajo aquí, pero en reversa.

Remontaron un pasillo que los condujo en línea recta hasta una segunda entrada, de apariencia bastante anacrónica. Wando se adelantó sin encender más luces que la linterna que llevaba en la mano, y mientras avanzaban por un segundo pasillo de tierra apisonada, Tarquin trató de imaginar cómo se vería aquel edificio desde afuera.

—Bueno—repitió Wagon, deteniéndose frente a una rampa sospechosa—: cuidado con la cabeza.

Pero el visitante se había parado en seco, los ojos fijos en la minúscula bóveda.

—Adelante, adelante.

Más que el espacio reducido, le inquietaba el sillón con amarres metálicos que lo amenazaba desde el fondo.

— ¿Exactamente qué clase de prueba involucra celdas y correas?

Wagon pareció extrañado, aunque dijo igual de vivaracho:

— ¿Celdas? ¡Oh, ni que fuéramos monjes! Yo prefiero llamarla nuestra sala de proyección. En cuanto a las correas...

—Miera precaución...—terció Wando, dándole impulso hacia delante.

Tarquin se encontró sentado, recordando a su pesar el infame diván del dentista mientras los dos asistentes le colocaban las manos en los brazos helados de la silla y repetían que todo estaba bien.

—Póngase estos anteojos—le ordenó Wagon. Más que gafas, se trataba de una suerte de diadema ajustable traslúcida, con un dispositivo circular en el centro—. Sentirá un poco de presión cuando el sensor se active.

No tuvo que decirlo: nada más acercársela al cráneo, la banda se encendió con una lucecilla azul y se ajustó a la piel del consultor como si tuviera vida propia. La pieza central pareció ser succionada por su entrecejo, y el antes liso tacto del sensor comenzó a fragmentarse cual terrón, enviando señales eléctricas focalizadas a lo largo de su frente, mucho más sutiles que un pinchazo, aunque emparentadas con un dolor distante. El sillón despertó también antes que pasara un segundo: las muñequeras se cerraron como cepos, y lo mismo sucedió con las bandas

metálicas en forma de media luna que había alrededor de sus tobillos.

Tarquin luchó, pero fue demasiado tarde. La mesa llena de tablillas digitales que tenía ante él, el techo abovedado y los rostros de Wagon y Wando se borraron de su mente, abriendo paso a la rústica mesa de un comedor, el techo bajo de su casa y su propio rostro inexpresivo reflejado en el pequeño espejo del vestíbulo.

La bruma gris se aplastaba contra el cristal de la ventana, remolineando en su intento de hallar una abertura por la cual escurrirse al interior. La visión de la luna lo abstraigo, pero en su blancura amarfilada no hubo espacio para la confusión. Le vino a la mente una palabra, sólo una: alto... y en medio de un silencio apremiante tocaron a la puerta.

Como un autómatas, dejó a un lado la turgente mandarina que había estado pelando, y se limpió las manos en un trozo de franela, el último que le quedaba. Era de noche, se hallaba a punto de cenar, lo llamaban y había que acudir. La insistencia de los golpes no lo inquietó; era como una orden imposible de pasar por alto: lo llamaban, y él atendía... nada más natural.

Todo cambió al abrir la puerta. Tardó un momento en advertir que aquel agudo aullido no había salido de su garganta, y para entonces el frío que hacía temblar al joven del abrigo mugriento ya lo había calado hasta los huesos.

— ¡Por favor!

Gritaban para hacerse oír por sobre el viento, el cual les arañaba las mejillas. Se cubrían parte del rostro amoratado con prendas demasiado ligeras y harapientas; los cuatro, al borde del colapso. Tarquin no se movió. Sus ojos captaron desde el primer momento las quemaduras que marcaban piel y ropa, y algo que, por la hemorragia, sólo podía ser una herida de bala.

Manifestantes.

— ¡¿Qué están haciendo?!...—logró graznar a duras penas. Un indecible terror se extendió por sus venas, entorpeciéndole la lengua, y el líder del grupo pareció notarlo; sus ojos chisporrotearon con algo parecido a la rabia. Aun así, la frase entrecortada que salió de sus labios sonó más lastimera que otra cosa:

— ¡Por piedad, señor! ¡Llevamos días caminando!

—No... ¡no!...

Entonces, la temperatura descendió, sopló una ráfaga igual a las que en los países perdidos congelaban ríos en menos de un minuto, y los copos de nieve aterrizaron en furiosa espiral sobre los hombros del consultor. La ventisca lo mordió en la cara, pero empujó a los visitantes, quienes se hallaban demasiado débiles para mantenerse erguidos, violentamente por la espalda. Una mujer se debatió entre ellos: se apoyaba sobre sus compañeros para no caer, y retraía el azulado labio superior en una mueca que dejaba al desnudo los dientes apretados.

Tarquin la vio y sintió lástima, pero no se atrevió a invitarlos dentro. La Testa había sido muy clara: los huelguistas de la planta eléctrica (al menos los que habían sobrevivido al enfrentamiento de hacía dos días con las fuerzas del Estado) habían declarado su culpabilidad al huir de la escena del crimen, y por ello serían severamente castigados...junto con los que decidieran ayudarlos en cualquier forma. Las condenas pasajeras hacía tiempo que habían muerto para los asesinos; y sus cómplices, por extensión, eran considerados homicidas. Nadie quería pasar el resto de sus días tras las rejas, y así, quienes habían sido amigos de los manifestantes, se convirtieron en sus delatores principales. En apenas dos días, habían sido aprehendidas familias enteras sin poder invocar derecho a juicio, y la persecución apenas comenzaba.

Muchos pensaban que era injusto, que la desesperación de los obreros había sido repelida con actos salvajes. Tarquin había conocido a uno de ellos, y sabía que la pobreza general que causaba molestias incluso a los más prósperos se agudizaba drásticamente en su sector; las fábricas gubernamentales eran escenario de una miseria casi inimaginable. Era gente inocente, lo sabía, igual que los soldados que habían perdido la vida en sus manos, durante esa horrenda manifestación. Pero a pesar de todo, no se sentía tan empático en esos momentos.

Ignoraba cuánto tiempo llevaba ahí, con la mano en el pomo de la puerta, recibiendo el soplo gélido impropio de las noches veraniegas. Los manifestantes tampoco hicieron por forzar su entrada. Sus ojos se clavaban en él, llorosos, y lo atravesaban.

Si daba asilo a cuatro fugitivos, tenía ganado un boleto de ida a la penitenciaría. Debía cerrar la puerta, denunciarlos, a pesar de que, sabía, las heridas y el frío terminarían con esos pobres de todos modos... la Testa lo recompensaría o lo haría perderlo todo... la Testa... el mismo Estado que había acibillado a su mano de obra cuando osaron ponerse sediciosos. La misma que a fuerza de trabajo se había llevado a su padre, con todos sus ideales: "la viva imagen de la inteligencia de los oportunistas sobre los hundidos"... y la que repartía las migajas de lo poco que quedaba en el mundo a los ejércitos humanos de la hambruna... la Testa, que gobernaba en todas las tierras de ese lado del mar, porque allende los mares, no había nada digno de gobernarse... la Testa, que era

su dueño.

Vaciló un minuto más, y luego, con el pulso martilleándole en el cuello, ofreció a la mujer su mano temblorosa...

— ¡Muy bien!

La voz funcionó como un interruptor. Un parpadeo, y Tarquin se encontró de vuelta en su cuerpo. No se dio cuenta de que había estado gruñendo hasta que Wando le quitó los anteojos, y entonces reparó en que, o se hallaba tan tenso que dolía, o algún dolor desconocido le había agarrotado cada uno de los músculos. La celda, iluminada vagamente, aparentaba haber sufrido una transformación: la pared de más al fondo, antes tan oscura como boca de lobo, era la fuente de la luz, y parpadeaba con irregularidad, como una pantalla a medio suspender.

—No hay problema, no hay problema...respire—indicó Wagon, que descruzaba los brazos en la esquina opuesta de la habitación—, así... ya pasó todo, Dega, y me atrevo a decir que estuvo usted excelente.

—¡Excelente, si señor.

— ¿Qué-qué...?

— ¿Ya pasó el dolor?, de acuerdo. ¿Confundido? Sí, sí, Wando, ya le puedo explicar. Usted, señor Dega, ha pasado a la segunda etapa del Proceso.

Tarquin se llevó las manos a la frente. La tenía empapada de sudor. Era como salir de un episodio especialmente fulminante.

— ¿Qué acaba de pasar?... ¿Qué me hicieron hacer? ¿Dónde... dónde están los...?

—Oh, no se preocupe por ellos.

—Estón pierfectomientie a salvo—dijo Wando, ayudándolo a ponerse de pie—. Fueron... uno fantasío.

Wagon intervino:

—Lo que Wando quiere decir, es que por medio de esas gafas accedimos a su subconsciente y le dimos una pauta con la cual pudo usted mismo construir la situación que necesitábamos para desarrollar la prueba.

—Espere, espere: ¿qué está diciendo?... ¿que estaba... soñando a esos

chicos? ¿Nada... de los últimos minutos fue real?

Wagon se encogió de hombros.

—Digamos que la atmósfera fue pura utilería. Usted basó el estímulo que recibió de nosotros en hechos reales de los que está bien enterado, y armó su escenario mental de una manera única.

— ¡Están locos! ¿Por qué haría una cosa así?... ¡¿De qué se trata todo esto?!...

Wando se reclinó en el escritorio con el aire de un maestro de escuela.

—No fue voluntario—repuso. Su sonrisa comprensiva rayaba en el paternalismo, cosa que a Tarquin le irritó sobremanera.

—Escuche, Dega: la única manera de que usted nos demostrara la fuerza de sus ideales era poniéndolo bajo mucha presión—insistió Wagon—. La mayoría de situaciones que provocan la cantidad de presión necesaria, suelen conllevar un grado elevado de riesgo, sobre todo cuando se trata de probar la lealtad de nuestros posibles compañeros a unos principios que no siempre son bien vistos por nuestra institución gobernante. Por eso, preferimos dejarlos fuera de peligro llevando a cabo esta prueba mediante una realidad aumentada. ¿Ve? No le ha pasado nada, y nuestro Proceso sigue siendo efectivo.

Tarquin se quedó en silencio, sopesando aquella nueva información.

—Ustedes—exhaló al cabo de un rato— querían que ayudara a esas personas... de no haber sentido compasión por ellos me habrían reprobado...

Wando negó con la cabeza.

—Reprobado por no haber actuado, pese a su compasión.

—Pero, ¿cómo pudieron saber lo que me imaginé?

—Esa es la parte interesante—contestó Wagon—. Vamos con el tiempo justo, y no se supone que le expliquemos cada detallito, pero ya que su actuación ha sido brillante, creo que prácticamente podemos considerarlo un feliz miembro de nuestra sociedad—y apretando un control, indicó a Tarquin que se girara. —Abracadabra.

La pantalla se encendió de golpe, y una imagen nevosa, gris y árida se apoderó de la simple frialdad de la bóveda. Durante unos segundos fue difícil saber si se encontraban asomados a una ventana, o si la tundra los rodeaba. Otra ilusión, seguramente, aunque esa certeza no relajó

demasiado a Tarquin, que ya había reconocido algunos elementos de la imagen. Aparecieron, uno a uno, la bruma empañando el cristal, la mesa de su comedor, el techo de su casa. Y finalmente, el rostro de un segundo Tarquin, con expresión ausente, viéndose a sí mismo en el espejo.

— ¿Se le hace familiar?—bromeó Wagon, casi orgulloso—. El sensor de las gafas está conectado al sensor de ésta pantalla, facilitándonos una proyección tridimensional de su proceso mental.

—Asombroso...

—Es tecnología de punta.

—O sea que “el contratante” debe ser un hombre poderoso.

Los dos asistentes intercambiaron una sonrisita.

—Bueno, ya es suficiente. Wando.

El aludido asintió con la cabeza, y revolviendo en el caótico escritorio, sacó una especie de pizarra negra, en cuya superficie garabateó con el dedo uno que otro comando. Acto seguido, se la entregó a Tarquin, que había tomado asiento.

—Sólo tiene que escribir las respuestas.

Una cinta de texto estándar aparecía individualmente en la pizarra, y cuando él terminaba de escribir la respuesta, se esfumaba dejando otra en su lugar. Era un juego de preguntas que nunca terminaba: los requisitos básicos se entremezclaban con interrogantes agresivas, planteo de situaciones, y cuestiones incómodas. Casi un examen psicológico, pensaba el consultor mientras grababa en la memoria del aparato respuestas escritas con su caligrafía; y casi vergonzoso. Pero ya estaba decidido, y sabiendo que entregaba el control de sí mismo en charola de plata, contestó verazmente hasta que las cintas blancas se agotaron, lo mismo que sus dedos. Había finalizado la segunda etapa del Proceso.

Wando recogió la pizarra y le estrechó una mano, y un momento después, un risueño Wagon hizo lo mismo. El gozo reinante logró contagiar a Tarquin, quien a pesar de todo el misterio dejó que le palmearan el hombro en un bullicioso lapsus de alivio. Un pinchazo, y las risas cesaron. Tarquin no había advertido la aguja a tiempo, y ahora que intentaba atrapar la mano traicionera del hombre, sentía que le fallaban los miembros. Entonces Wagon se apartó de su cuello, y su compañero se le unió, jadeante, en medio de su campo de visión. Tarquin no apartó su mirada sino hasta que la droga surtió efecto. Cayó hacia atrás, y su

cuerpo golpeó el respaldo de la silla, completamente inmóvil.

Capítulo 3

El corresponsal

Día cinco

Desesperamos.

Como temí, las provisiones casi se han agotado. La pesca no es viable: intentamos hacerlo, pero bajo estos latigazos que ampollan nuestra carne, mareándonos de sed y de calor, nuestras manos son lentas. Las heridas no sanan, al contrario: la hemorragia de Jace se detuvo, pero creemos que está infectado. Lo encuentro débil y postrado. Necesito más sombra, me cocino dentro de mi propia piel; el movimiento es lo único que amortigua el dolor, pero no tengo más opción que rendirme ante el cansancio, y volverme a sentar donde el frescor de las aguas disfraza con su aspereza el ardor de mi cuerpo en carne viva. Aquí jadeo, buscando la brisa salada que me salpica la boca cuarteada, como un cocodrilo en sequía. A la densa ánfora del mar, con su veneno seductor, me puedo resistir, pero nunca a la brisa; nunca a la brisa.

Calculo tres o cuatro días, como máximo. Tres días infernales, y tres noches heladas ahogándonos. El mar nos ha tragado, se traga este parche yermo y estéril con nosotros en él... ¿cuántas veces nos ha tragado ya?, y sin embargo, seguimos en la superficie. No puedo entender cómo alguien puede desear la muerte con tanto ahínco, tan sinceramente, al mismo tiempo que procura retrasarla a como dé lugar. Cuanto más cerca la siento más la temo, y mi corazón se atreve a suspirar esperanzado. En lo que sube la marea, cambio de idea, inconstante como la misma, y me aferro a nuestra desesperación como el último rescoldo de existencia que es, porque de todas formas, en ese momento prefiero cualquier agonía, sin importar cuán larga sea y mientras más larga mejor, a un parpadeo infinito.

Pero la sed y el hambre trastorna nuestras mentes: siento las manos de Koch en la garganta, apretando como hizo hoy antes de la pleamar matutina, cuando intentó matarme.

Sucede que ahora mismo no tengo ningún interés en ayudarlo a alargar su vida, y menos con la sangre del único, a excepción de Jace, de quien no necesito temer una traición.

Maldito Dega. Maldito su afán de imponer orden. Me salvó a tiempo para que tuviera que presenciar hasta el final la pesadilla de nuestro naufragio.

Yo dormía, por primera vez desde que cayéramos, cuando escuché los gritos. Me desperté para encontrarlo con Henry de la cola, en un furioso forcejeo que Cassandra, sobre los talones a unos cinco metros, presenciaba sin intentar romper. Me lancé sobre él y le golpeé el riñón con el puño cerrado. Soltó a Henry dando un alarido, y cayó lagrimeando sobre manos y rodillas.

— ¡Ya no tenemos comida!—aulló tras levantarse, enfrentándome— ¡Esa bestia nos puede sacar de apuros otros tres días!

— ¿Y entonces qué?—le increpé— ¿Nos comeremos a Jace?

— ¡Él podría vivir con algo más de alimento!

Me volví hacia Cassandra, que no había pronunciado palabra. Me miró con una indiferencia que todavía me duele.

— ¿Tuviste algo que ver con esto?...

—No tuvo nada que ver—dijo Koch, rechinando los dientes—, pero si así fuera, estaría en su derecho. ¡El que tiene que avergonzarse eres tú, Toek!

En ese momento se acercó el viejo.

— ¿Qué mierda está pasando aquí?

Había dejado a Jace temblando de fiebre en la arena.

Koch se acobardó un poco.

—Diles—me soltó, con sus estúpidos lentes cuarteados resbalándosele por la nariz que le engrosaba la ira—... ¡idiles que prefieres dejarnos morir a tocarle un pelo a ese gato cochino!

—No es cochino. Es Turkish Van.

—Y no sería más perfecto si lo hubieras cebado para Navidad—dijo Dega—. Koch tiene un punto.

— ¡Jódanse! Henry es mío, y no voy a convertirlo en botana.

—Podemos votar—sugirió Koch, solícito.

— ¡No!

— ¿No qué, Toek? Danos una buena razón para no hacerlo.

— ¡Porque no lo voy a permitir!

— ¡Cretino!—berreó Koch— ¡Nos vas a matar!

—Yo no soy un asesino.---contesté desdeñoso.

—Suficiente.

Mi insinuación ofendió a Koch, quien, haciendo caso omiso del viejo, se vengó de mí, apretando los carrillos.

—Oh, sí lo eres—siseó—...tú estrellaste el avión en primer lugar, ¿no te acuerdas? ¿Crees que no nos dimos cuenta de que te entró el pánico? Berreando y pataleando... ¡Seguro soltaste el volan...!

Pero no alcanzó a terminar la acusación. La nariz le crujió bajo mis nudillos, y el chillido de Cassandra despertó a Jace de su letargo. Lo vi apoyándose en un codo, sobresaltado por el ruido, medio segundo antes que Koch me tirara de una embestida. Me tiró tantos puñetazos como pudo pero es un maldito cerebro, no un boxeador, y con dos golpes estratégicos creí domeñarlo. No pensé que la rabia lo cambia todo. Rodamos por la arena mojada mientras el trío de testigos nos exigía parar a voces. Para entonces ya nos revolvíamos entre la espuma, y cuando Koch se liberó a mordidas, supe que había enloquecido. Se puso a horcajadas sobre mí, aprovechando las marcas sangrantes que imprimieron sus dientes en la piel de mi antebrazo, me tomó del cuello y golpeó mi nuca contra el suelo, y la marea se encargó de cubrirme la cara. Koch repitió la operación hasta casi dejarme inconsciente. Sal en los ojos, ardor, espuma; agua en el pecho, roca, arena. Los dedos que herían mi tráquea, estrechándola, se quedaron conmigo horas después de que Dega le pateara lo bastante fuerte para frustrar su intento. Fue así, sólo así, que Cassandra dejó su histérico mutismo y se arrojó sollozando a mis brazos.

Koch casi llora de coraje al recibir la reprimenda del viejo. Jace habló en mi defensa, y en el proceso mermó sus energías a tal grado que los hizo sacar a Henry del menú, sólo por no causarle otro disgusto. Entretanto, siento el odio de Koch en las espaldas y procuro mantener al animal cerca de mí, lo cual no es un problema, dado que últimamente ambos estamos muy conscientes de nosotros mismos.

Me quemo. Desearía humedecerme los labios.

— ¿Diga?

La voz de Carinen, el editor, se hizo oír entusiásticamente por el auricular.

— Es magnífico—manifestó.

— Oh, ¿lo es?

—Sin duda alguna—respondió aquel—. Tiene algunos detalles, claro. Hay faltas de ortografía en todo el trabajo, y eso es inaceptable, ya lo sabes. Pero la historia... será la más leída en todo Deyrna!, y por eso, mi amigo, estoy dispuesto a perdonar tu negligencia.

—Pues gracias, Ulises, muy generoso de tu parte—dijo el corresponsal, sin tomarse la molestia de disimular su risa.

—Hablo en serio, Jace—insistió el editor—: eres un excelente investigador, y tienes una forma increíble de narrar tus historias...

— ¡Bah!, yo no...

—...y sé que debes estar muy ocupado, haciendo todas las cosas geniales que hacen los periodistas con deseos de morir, pero debes tomarte algún tiempo para pulir tus borradores.

—Exacto—se defendió el aludido, prensando el teléfono con un hombro mientras empacaba la computadora portátil en una maleta color verde oscuro, a rebosar de calcetines, que tenía bien abierta sobre la cama—, lo que te envié es el borrador. Dijiste que querías leer algo para el miércoles, así que te mandé un avance.

Sentado tras su escritorio blanco, en la blanca oficina del séptimo piso de un edificio también blanco, Ulises Carinen guardó un sorprendido silencio.

— ¿Un avance?—repitió tembloroso.

—Ajá—dijo Jace con inocencia, a sabiendas de que su jefe había mordido el anzuelo—. Creo que voy a cambiar la última parte...además de los errores, se entiende.

—Jace—increpó el editor, manoteando en el aire para disipar el vapor de la taza de café que el secretario había depositado ante su rostro carnoso—: no te metas con el artículo. Es muy tarde para eso.

—Vamos, no voy a echar a perder todo mi trabajo de estas últimas semanas. Sólo quiero ver si podemos cambiar un poco el ángulo de la situación...

Casi pudo sentir la exasperación de su jefe, filtrándose a través de la bocina del aparato. Jace se lo imaginó meneando la cabeza, blanca y flácida como una medusa, ante su velada insinuación. Carinen saltó de inmediato:

—Sé lo que piensas, pero por el amor de Dios, deja el artículo como está. ¡Lo has hecho muy bien, hijo! Ahora regresa aquí, y entrégame una versión en limpio.

—Sólo quiero asegurarme de que no omití nada importante. Escucha, tengo un testimonio que...

— ¡Jace!—el periodista bajó los hombros. De su lado de la charla, Carinen inhaló profundamente antes de decir — Recuerda nuestro lema—y colgar el teléfono.

Jace oprimió el botón, dando por terminada la comunicación, y dejó el auricular inalámbrico en la cama.

Claro que recordaba el lema, se dijo algo contrariado. “La verdad es imparcial”... el mismo lema que lo impulsaba a descubrir las cosas tanto buenas como malas de aquel país; exactamente el mismo lema que se repetía a sí mismo cuando estaba asustado, o dudaba de continuar con alguna historia. La imparcialidad de la verdad era lo que pocos deseaban afrontar cuando había demasiados intereses involucrados, pero él no tenía otro interés que revelarlos. Y por eso, no dejaba ningún descubrimiento a medias.

Ulises era sensato, pero demasiado estrecho de miras como para entenderlo.

Agitó la frente en un lapsus de pasiva irritación, y apoyando una rodilla sobre el edredón duro inclinó el cuerpo a través de la cama, hasta alcanzar con la mano la plástica carpeta azul rey que descansaba sobre la

mesita de noche. La abrió, cerciorándose de que todo estaba ahí: un rojo pasaporte, varias licencias de distinta índole, y un boleto de avión. Acto seguido, extrajo del bolsillo de su chaqueta un billete del tamaño de su mano. Lo había comprado con antelación, barajando desde entonces la idea de visitar el sitio. El avión no saldría hasta bien entrada la noche, por lo que no tendría que trastornar demasiado su horario... todo por causa de ese testimonio, que por cierto no tenía aún en su poder; la persona en cuestión le había prometido una declaración de última hora, lo sabía, pero que, simplemente, tenía que investigar.

Salió del cuarto del hotel con un simple portalibros como único equipaje, y marcó un número en su teléfono al tiempo que cerraba la puerta con llave.

— ¿Diga?

— Herve, surgió un imprevisto; tuve que salir del hotel.

— Oh. ¿Está todo bien?

— Bien. Así que...nos vemos en el aeropuerto, ¿sí? Gracias de todos modos.

—De acuerdo, Jace—dijo la suave voz del camarógrafo—. Te veré allá.

Listo. Ahora, a darse prisa. Recorrió la calle mal adoquinada hasta que estuvo en la estación, y ahí esperó quince minutos hasta que un vocero anunció la llegada de su unidad. Trepó al maloliente autobús, y pasó la próxima hora mirando intensamente por la ventana teñida de fluidos repulsivos. No es que se hubiera acostumbrado a la inmundicia de la ciudad con aquella visita: había visitado Tria unas dos veces desde que obtuviera su puesto en el Deyrna Chronicle, y el tercer sept le parecía tan ruinoso y miserable como antes, aunque la sorpresa inicial de hallarse en un lugar tan contrastante al continental, mucho menos afortunado que sus Intendencias más pobres, y así de abandonado y caótico, se había diluido con el tiempo. Las calles apestaban a todo tipo de suciedad, las personas morían de hambre en las banquetas, y amanecían tantos congelados cada día, que el gobierno había dispuesto un servicio público especial para recolectar los cadáveres.

Afortunadamente, se dirigía al despoblado, lejos de los crueles retratos de la vida urbana, y poco a poco el paisaje fue cambiando ante los ojos del corresponsal; postes de luz eléctrica, locales inundados de ratas, limosneros arrastrándose en todas direcciones quedaron atrás, sustituidos por un cuadro rural salpicado de alambrado, pastizales dorados y los restos de lo que alguna vez fueron parcelas y plantíos esparcidos al aire libre. Jace no extrañó la visión de los invernaderos: sabía que en Tria, así como en Unua y Roa, no era posible hacer crecer verduras, ni siquiera

usando estructuras aislantes o ambientes artificiales; las condiciones climáticas discordaban a tal grado de las que reinaban en el Deyrna continental, que los pobladores de los Septs tenían que conformarse con lo que exportaban las Intendencias y sus Protectorados. Hacía un frío malsano en las ciudades norteñas como aquella, y en el resto de Tria, una nube de corrupción que envenenaba con plagas incontables a los pobladores de todas clases.

El autobús se sacudió levemente cuando por fin paró al lado de una cabina de madera, emplazada a la orilla de la carretera. Ningún pasajero, excepto Jace, se apeó en la estación de mala muerte, e incluso lo miraron con curiosidad cuando echó a andar en dirección al descampado, levantando nubecillas de polvo antes de entrar en el área recubierta de hierba.

El joven contempló la vista: campo abandonado, soledad únicamente interrumpida por uno que otro pájaro, posado en medio de la nada. Pensó en los tornados que se habían registrado hacía unos días, y sintió una especie de urgencia que lo obligó a caminar más rápido, hacia la minúscula casita que lo aguardaba en la distancia.

La señora lo acogió gentilmente, aunque un poco extrañada de recibir visitas en su territorio.

Jace aceptó el vaso de agua que la mujer le puso en una mano (el té era un artículo de lujo en los Septs), y comenzó la entrevista sin saber muy bien a qué atenerse.

El asunto: los avistamientos de naves en la zona.

—Mencionó que escuchó el ruido cerca de medianoche.

—Oh, sí. Un ruido leve, nada ensordecedor. Pero ahí estaba, y sé que no lo imaginé porque los perros salvajes comenzaron a aullar justo en ese momento. Y no escuché mucho más, pero luego salí y los vi pasando paralelos al techo, a como...a buena altura.

Jace asintió. La mujer le lanzó una mirada que recordaba a unas de esas niñas desesperadas por complacer a sus padres. Le sonrió tranquilizadamente, invitándola a que continuara.

Tres naves, que a pesar del parecido no podían ser aviones, porque la ruta del aeropuerto estaba demasiado lejos. Surcaron el cielo nocturno, medio iluminados por el disco lunar, uno detrás del otro.

Lo que a Jace le interesaba, era su rumbo:

— ¿Puede repetir eso?

—Desde luego—consintió ella, feliz de levantar su interés—. Se fueron derechito a Mampatana, yo los vi hasta que desaparecieron. No cambiaron el curso.

—Eso fue el veintisiete de julio. —apuntó Jace a la grabadora. Su entrevistada le dio la razón.

Terminó el encuentro con una fuerte inquietud remolineándole en el tórax, y durante el trayecto de regreso al hotel, miró por la ventana del transporte público todavía más ensimismado: tenía una pista, una pista que podía llevarlo a sitios peligrosos. Se imaginó los aviones, asustando a los animales silvestres en el campo y a los habitantes de las colonias en la pobre ciudad... necesitaba material; más testimonios, más referencias a esas naves. Si no ruido, habría tenido que haber avistamientos; si tampoco eso, sabría que había llegado a un punto muerto. Y sin embargo, era tan sugerente... pocos días antes de enviar el artículo al periódico, había entrevistado a un grupo de pastores en las cercanías de Mampatana, el área primeramente afectada, que insistían en que la actual pandemia era una manifestación demoníaca: "...conocemos todas las enfermedades, y eso es demasiado poderoso; no hay nada tan maligno." Así lo habían dicho, palabra por palabra: ni siquiera se atrevían a nombrarlo, por miedo a invocar el espantoso mal que se llevaba la vida de millones en todo el Sept. Todos los campesinos coincidían en que Telmuicht, la peor plaga que había azotado a Tria, a apenas un año de su aparición, no tenía equivalentes en la naturaleza. Las zonas en cuarentena se extendían cada vez más, y salir del sept ya estaba en aras de prohibirse. En menos de otro año, solía decir Herve, el continental tendría que abandonar a Tria, y esta se convertiría en otro territorio perdido, cerrado a Deyrna y a sus pobladores para siempre.

Todo comenzó con la oleada: no había habido un primer caso aislado. Casi treinta personas aparecieron en el hospital con síntomas idénticos el primer día, veintinueve de julio; un día después del avistamiento de las naves en el campo. Eran naves del gobierno, eso era indiscutible: las descripciones de la gente sencilla solían ser fieles a la realidad, y sus dibujos, aunque pueriles y rudimentarios, retrataban claramente los objetos voladores. Y la posibilidad de que fueran naves fumigadoras estaba descartada, puesto que no había cultivos en Tria.

De vuelta en el hotel, la recepcionista le transmitió un mensaje de parte de Carinen: "Hay reunión con el jefe. Mañana al mediodía.", y el alma se le cayó a los pies. "El jefe" era el presidente del periódico; nadie faltaba a una de sus citas sin salir despedido. Paseando por el cuarto con la cabeza gacha, Jace dejó salir un largo gruñido de pura frustración: tenía una historia, tenía una historia y no podía perseguirla libremente! Consideró quedarse, ignorar la llamada y fingir que el mensaje jamás le había

llegado. Ulises lo respaldaría... culparían al hotel, y él tendría su trabajo y un premio en camino. ¡Caray, si era uno de sus mejores elementos no lo despedirían tan fácilmente!

Ya decidido, bajó a la recepción para tantear terreno. La recepcionista lo detuvo a medio vestíbulo.

—El señor Carinen me pidió que le confirmara el horario de su vuelta. ¿Será a las diez?

Jace pareció al borde de las lágrimas.

—Sí...—dijo finalmente, enfundando ambas manos de golpe en los bolsillos
— Dile que a las diez.

Tarquin no se dio cuenta de que había despertado hasta que hubo sentido el aire frío que le puso la piel de gallina, y para entonces ya había dejado su posición fetal en el suelo y se ponía de pie, a pesar de que las piernas le flaqueaban.

Estaba en otro sitio, uno que no era ni su casa ni la celda donde había perdido la conciencia; y al aire libre, porque no había techos ni lámpara colgando sobre su magullada coronilla.

Lo siguiente que advirtió fue que estaba desnudo, o casi, puesto que bajo el tenue material del que estaba confeccionada su extraña vestimenta, sólo conservaba los calzoncillos. Hizo ademán de abrazarse a sí mismo, pero entonces volvieron los recuerdos.

Aún no...se dijo, llevándose una mano a la dolorosa costra que había dejado la punción de la jeringa en su cuello: aún no terminaba. Oteó el aire, procurando disimular su desconcierto, y su mente aturdida empezó a tomar impulso, reaccionando a un estímulo tras otro con gradual rapidez. Viento, césped, estrellas; hacía nota, como si tuviera que nombrarlos para reconocerlos.

Tenía frente a él una suerte de calzada rudimentaria. A su alrededor, un césped más largo que corto pugnaba por cubrir el pie de una... las contó: diez masas oscuras semejantes a hitos, colocadas lado a lado y superpuestas en el espacio originalmente despejado, un patio trasero

remodelado.

Ya bien lúcido, el consultor no tardó en divisar una ruta de escape. La puerta se hallaba justamente al final del sendero, y por suerte, sólo estaba entreabierta. Tragó saliva, tratando de calmar el pulso que martilleaba en sus arterias, mientras el agudo susurro del viento que se colaba entre aquellas estructuras pétreas lo instigaba a salir cuanto antes de su lúgubre santuario.

Caminó diez pasos, miró hacia un lado y paró en seco ahogando un grito. La cabeza, del tamaño y el color de una cebolla, se retrajo en menos de un segundo hasta ocultarse tras la roca, y se fundió nuevamente con la negrura general.

Tarquin reprimió un escalofrío.

—Gallina...—se riñó en voz baja, y continuó marchando, aunque con menos decisión.

Maldito viento. Le helaba el trasero a través de la ropa, y aquel silbido constante, sutil como una risa serpentina, penetraba al corazón a través de los tímpanos... icasi podía jurar que era una risa!...

Fue en ese instante que cayó en la cuenta. Se detuvo castañeando los dientes y torció la cintura, tratando de distinguir algo en las sombras. Se imaginaba que grupitos de entes remoloneaban en torno al camino, igual que fantasmas hambrientos, pero al cabo de un parpadeo, huían rumbo al cielo, junto con el vaho de su boca.

No era el silbido del viento. Tampoco se reían de él. El sonido provenía de detrás de los hitos, a unos quince metros de distancia, y era tan antinatural como el chirrido de una locomotora.

Anduvo más rápido. El sonido se intensificó, y entonces los vio: sombreros altos, trajes idénticos, rostros blancos e inexistentes.

Tarquin se quedó paralizado. Su lengua, pegada al paladar, aspiró el frío cortante hasta escaldarse, y sus manos se abrieron frente a él, en una lucha perdida contra el pánico.

Retrocedió tambaleándose, y cayó despatarrado a la vera del camino.

— ¡Demonios! ¡Fuera!... ¡aléjense!

Lo habían encontrado; lo habían seguido hasta ahí... ¿Cómo era posible?

Se volvió a levantar, poniendo pies en polvorosa, pero antes de llegar a la

puerta chocó de frente con uno de ellos.

SHHHHH

Siseó sin voz, y Tarquin entendió la intención de advertencia que se escondía tras aquel ruido sobrecogedor. De detrás de los hitos, una cabeza tras otra asomaba sin ojos, orejas ni boca, y reptaba por el suelo emitiendo como único saludo un nuevo sonido aún más perturbador que el anterior. Esquivó apenas el tacto de hielo de una mano blanca, y echó a correr en dirección contraria.

— ¡Nooo!

De pronto, los silbidos se transformaron en palabras; palabras que, poco a poco, sonaron familiares en medio de las exclamaciones de terror y los jadeos del neófito. Y aunque veladas, zumbaban claramente:

Uno de nosotros...uno de nosotros...

Lo rodeaban. Tarquin se obligó a detenerse, temblando de pies a cabeza y empapado de sudor a pesar de la densa neblina que se enroscaba en torno a sus tobillos. No tenía a dónde ir, ya que los entes obstruían todos sus posibles escapes, y la sospecha de un final peor que el que había temido al tomar el metro se cernió sobre él hasta dejarlo sin esperanza. Los zapatos de tacón no resonaban tan avasalladoramente como cuando transitaban sobre el adoquín de las calles, pero al aproximarse a Tarquin a través del pasto, el ruido amortiguado que producían le erizó todos los vellos del cuerpo.

— ¡Mátenme, malditos!—bramó entre sollozos, al tiempo que se encogía sobre sí mismo— ¡Aquí!... ¡Háganlo de una vez!

Jamás pensó que le contestarían. Y aún más, que las máscaras blancas se harían a ambos lados, abriendo el paso, y una de ellas, la del ente que se adelantara, pareciera rasgarse no supo de qué forma, dejando al descubierto el rostro maduro de un ser humano.

La impresión lo dejó boquiabierto, pero no importaba, porque Sewall ya empezaba su discurso, mirándolo con solemnidad.

—El horror que sientes ahora es sólo ante nuestras máscaras. El horror que traen las verdaderas caras es mucho peor que éste: es el horror que podemos borrar de la faz de la tierra.

— ¡Sewall!... ¡usted...!

—Es hora, Dega. Tenemos una misión para ti, no hay otra persona. Si estás dispuesto a cumplirla por el amor a la justicia que predicas, este es

el momento de elegir. Desnudo como estás; sin preguntas. Como un salto de fe. Toma esto—le entregó un estuche metálico a Tarquin, que lo recogió con gran dificultad de la mano enguantada— y si deseas ver más allá de toda máscara, ábrelo. Entonces serás uno de nosotros, entonces podremos empezar. Es ahora o nunca. Así pues, decide. Ya.

Tarquin contrajo el rostro. Tenía su misterio entre las manos...

Ahora o nunca, ahora o nunca. La autoritaria voz de Sewall se quedó flotando en su cabeza unos momentos, y aunque no había dejado de temblar, hubo algo en ella que lo tranquilizó sobremanera. Por lo menos, podía estar seguro de que no iban a dañarlo...

Le tomó una eternidad resolverse, o así le pareció. En realidad, fueron menos de diez segundos. Sus dedos buscaron la hendidura entre la tapa y el resto de la caja, que era muy lisa, y empujaron hacia arriba. Adentro sólo había una almohadilla negra hecha de algo que no era tela, y cuando, movido por un impulso extraño, la tocó con el índice, descubrió que quemaba la piel como si fuera la llama de una estufa. Gritó de dolor, pero era demasiado tarde. La yema de su dedo estaba ennegrecida, una ampolla comenzaba a formarse; el ente-Sewall recogió la cajita para luego guardarla entre sus ropas, que a pesar de ser grises, pasaban por un negro abismal bajo aquel vasto firmamento.

No necesitaba preguntarlo. Percibió el compromiso que lo ataba ahí como si hubiera hecho una promesa. La almohadilla había recogido su marca; una que no podía falsificarse.

—Está hecho ya—dijo Sewall triunfante—. Bienvenido a la Junta.

Pasó la noche en la mansión. Luego de la ceremonia, que había sido el terrorífico episodio del patio trasero, los entes revelaron su verdadera identidad. Wando y Wagon se encontraban ahí, y le pidieron disculpas por lo sucedido. Hubo apretones de manos, risas y una profusión de nombres y rostros que debieron repetirse varias veces para que Tarquin los memorizara.

Era insólito, como hallarse en una pesadillesca compañía de teatro integrada por monstruos que reían sin boca, truhanes súbitamente respetuosos e impostores hablando de máscaras.

Usaban "carasborrosas", esos como pasamontañas que se adaptaban a la forma del cráneo de modo que el material daba la impresión de ser piel, al tiempo que ocultaba el relieve de los rasgos. No eran un prodigio tecnológico, al menos no uno reciente, y como alguna vez los globos, llegaron a fabricarse en masa y de muchos colores; pero ahora también eran raros de conseguir porque costaban más dinero del que la gente podía permitirse gastar, y casi nadie los recordaba ya excepto los

ancianos. De ahí el efecto que habían tenido en Tarquin, pues combinadas con un vestuario anacrónico y sombrío, las "carasborrosas" hacían de un hombre vulgar y corriente un verdadero espectro. ¿Cómo no lo había pensado antes? En realidad, todo resultaba muy obvio: ellos le habían estado siguiendo. Sewall mismo había recomendado su nombre desde la convención, y no había aguardado a hacerse el encontradizo para comenzar a vigilarlo. ¿Cuántas veces habría visto sin saber al supuesto doctor disfrazado de aparición, captando su mirada entre las multitudes con esos sombreros y ese silencio que hacía mella en su normalmente enérgico carácter?...

—Ya no importa—dijo su nuevo compañero—; eso de espiar ya se acabó. Tú eres el último miembro de nuestra sociedad.

— ¿En serio? ¿El último?

—Sí, claro. Por eso nos tomamos tantas molestias con tu Proceso. No necesitamos más talentos. — Sewall sonrió plácidamente. —Te encontré en el último momento, mi amigo, y llegaste para presenciar la parte más emocionante de esta empresa.

—Puede que sea parte de su sociedad, pero aún hay demasiadas cosas que no comprendo—replicó el consultor.

—Para eso debes dormir—dijo Sewall—, y olvidarte de tu vida como era antes de venir aquí, porque mañana no podrás volver a tu casa, y por esta noche habrás de darte por satisfecho con mis palabras. Mañana será otro día, y obtendrás respuestas en un lugar y una hora más propicios.

Abandonó la polvorienta recámara, y así, Tarquin se cubrió hasta el pecho con la sábana, y se quedó dormido.

Fue un despertar extraño. Wando lo zarandeo por encima del cobertor, esbozando una sonrisa que parecía decir: "¡El sol brilla y todo está en orden! ¡Es un hermoso día!". Tarquin gruñó en asentimiento, pero no paraba de repetirse mentalmente que era real, que estaba por hacer algo sorprendente y peligroso, y se sintió tentado a sonreír.

Antes de que el sol brillara, Sewall lo recibió en el umbral de la casona, justo donde Wigin (quien nunca parecía abandonar su puesto) lo había

machacado el día anterior.

— ¡Ah!—exclamó al verlo—, es un gusto verte repuesto, doctor. Y me parece que vamos muy a tiempo.

Pese a que lo tuteaba, el respeto hacia el nuevo recluta se transparentaba en su tono de voz. Éste, algo arisco por naturaleza, se limitó a saludar con una imperceptible sacudida de la frente.

Enseguida, y escoltado sólo por un hombre musculoso que Tarquin no conocía, y que se había presentado como Esteban, bajaron los escalones ahora completamente visibles, hasta una especie de garaje.

—Ésta es nuestra plataforma de lanzamiento—bromeó Sewall, a lo que Dega no respondió. Se había quedado viendo el color violeta del vehículo que, adivinaba, lo había llevado ahí en compañía de Turmaline. De pronto, cayó en cuenta de que había entrado al servicio de una sociedad con sorprendentes recursos; los seis coches de distintas apariencias y tamaños que dormían bajo las lonas, el camino de grava que conducía hasta ahí, las estructuras pétreas de la fuente del jardín y los muros mismos de la fachada se unían para dar una apariencia a la vez remota y poderosa a la mansión. Se preguntó en qué punto del mapa se encontraban, y dónde estaría la anciana que en un principio le había impedido observar el enorme cuartel.

Sewall, como siguiendo el hilo de sus pensamientos, intervino:

—Claro que este lugar, por más impresionante que sea, no es especialmente importante. El verdadero destino está delante de nosotros, y es ahí a donde iremos. Esteban, el Cugnot G, por favor.

— ¿Está muy lejos?—inquirió Tarquin mientras el guardaespaldas avanzaba hacia una forma oval y retiraba la cubierta protectora. Un modelo de amplias ventanillas, techo alto y simétricas líneas alargadas, pintado de un casi transparente azul claro, apareció de golpe ante sus ojos. Parecía un acto de magia, con Esteban situado diagonalmente de forma que la tranquila belleza del coche pudiera hechizarlos de lleno. La manta colgaba todavía de sus manos, plateada como papel aluminio, y la expresión de Sewall era la del orgulloso dueño del teatro que prevé aún más entradas en la próxima función.

—Es mi carro favorito—le confió al otro sin responder su pregunta—. Vamos ahora.

Salieron del garaje precedidos por un confiado ronroneo (el motor del Cugnot se sentía suave como mantequilla bajo los amplios asientos forrados de terciopelo), salvaron un portón metálico, y una carretera de tierra apisonada se abrió serpeando a través de un terreno irregular lleno

de higuierillas, acacias y camomilas. Uno que otro árbol se les enfrentaba tras las curvas, mientras una leve pendiente se tornaba más pronunciada. Guayabas, fresnos y espinos sobresalían de la escueta vegetación en el paisaje. Un viento fresco sopló en los oídos de los pasajeros, y el leve nimbo del sol matinal amenazó con romper el subrepticio encanto con que el vehículo aceleraba cuesta abajo.

Las preguntas no tenían ningún efecto sobre Sewall, y en base a esta observación, el consultor permaneció en silencio, algo irritado de su forzada mansedumbre. Al mismo tiempo, su compañero parloteaba alegremente acerca de temas irrelevantes, como para aliviar la creciente tensión que emanaba de él. Pero esta situación no duró mucho, ya que alcanzaron el pie de la colina con relativa rapidez, y una vez en las tierras bajas, el aspecto del paraje cambió radicalmente.

— ¡La autopista!—la primera imagen familiar—... ¡y esa es la Rampa!

Esteban ladeó la cabeza en el asiento del conductor, asintiendo más para sí mismo.

—Sí—confirmó Sewall—. Pero recuerda: no llegarás a la Segunda por este camino. Deberás tomar el subterráneo directamente.

Tarquin tomó nota. Estaba claro que su destino se hallaba en la segunda Marca, la zona más densamente poblada luego de la central en la que él vivía. Sonaba razonable: lo bastante alejado de la Testa como para evitar cualquier vigilancia, y lo bastante cerca como para ser una amenaza real... porque eso es lo que era, ¿o no? Y a Tarquin el pensarlo le inquietaba, aunque de ningún modo le causaba repugnancia. ¿Para qué negarlo?, desde la primera prueba de su Proceso, la Junta había sido clara en su afán de desafío.

La Rampa, que gracias a su emplazamiento sobre la ladera de una estribación rocosa se había ganado tal apelativo, se alargaba como un brazo gris hacia el amanecer; una extensión desordenada de la metrópoli que, demasiado aglomerada en su ubicación original, comenzaba a invadir los territorios circundantes. Traquetearon un rato así que Esteban sacaba la vuelta a los múltiples cráteres del pavimento y Tarquin sopesaba la palabra que había brotado espontáneamente al final de sus reflexiones, y aventajaron de tal forma que en diez minutos circulaban en medio de los edificios. Las calles de aquella parte de la ciudad no eran tan anchas ni tan immaculadas como la primera Marca, aunque la misma escasez se reflejaba ahí que en la plaza principal de la última. Techos grises que habían sido blancos, a veces a medio derrumbarse, formaban una doble hilera que, si alguien pudiera verla desde arriba, podría haber tenido algo de vetusta majestad, pero que, combinadas con los ladrillos desteñidos y las fachadas llenas de grafiti, testimonio de actos frecuentes de delincuencia, daban más bien una impresión de decadencia provinciana e

inmemorial.

Dejaron la avenida principal y Esteban tomó una serie de callejas, ya completamente iluminadas bajo una mañana que prometía ser tan calurosa como húmeda, diciendo que llegarían más rápido por ese lado de la Rampa. El pequeño vehículo se movía con facilidad decidida a través de plazoletas, rotondas y vecindarios sucios que a Tarquin no le gustaron mucho, pero que sin embargo, no parecían incomodar en nada a sus herméticos camaradas.

Finalmente alcanzaron una zona de apariencia menos abandonada, emplazada cerca de la cima de la colina, y rodeada por un macizo de edificios medianamente altos, de los que el sol sacaba destellos plateados. La anchura de la calle, casi recta a medida que ascendía, era más conveniente para transitar moderadamente que a grandes velocidades o con parsimonia, y el cuidado que los vecinos dedicaban a las jardineras del camellón, carente de todo adorno, aunque siempre podadas, determinaban la naturaleza del lugar.

—De modo que estamos en una residencial—sentenció Tarquin, levantando una sonrisa indolente de parte de Sewall.

—Es uno de los mejores barrios de la segunda Marca. Los edificios que vemos de ese lado son hoteles y algunas dependencias de los comercios más importantes del continental. Aquí entre nos, el negocio deja mucho que desear incluso para ellos. La holgura de nuestra Intendencia, que comparada con las otras veinte, es privilegiada, se aplasta a sí misma bajo su peso.

—Olvidas que esa holgura cuenta para unos pocos—dijo Dega, poniendo una expresión que endurecía aún más la gravedad de su mirada. Sewall asintió enfáticamente, con aire cómplice de poca sorpresa. Miró de refilón las pupilas grises de su compañero, satisfecho de comprobar que la alusión a la pobreza todavía le provocaba indignación.

—Aquí estamos. —anunció su chofer, estacionándose frente a un enrejado marrón que marcaba la entrada a un circuito privado.

— ¡Bueno!—suspiró Sewall, alisándose la barba— Esperaba que el paseo concluyera pronto; soy algo claustrofóbico. ¿Estás listo, doctor?

Tarquin cuadró los hombros.

—Claro que estoy listo—gruñó—...he esperado años.

Y salió del coche erguido en toda su altura, lado a lado con el primer

vínculo que lo había unido a aquella aventura.

Las casas, hechas de yeso y ladrillos, formaban apretujadas avenidas, y eran de dimensión algo mayor que el promedio. Amarillos y verdes claro captaban la mirada del transeúnte, quien no podía evitar posar los ojos sobre las cortinas que encerraban los secretos de las estancias. A cualquier ama de casa común y corriente, la idea de cubrir las ventanas con doseles auténticos le habría parecido algo extravagante, como un sueño abandonado e irrealizable.

— ¿Alguna razón para elegir este lugar tan expuesto?— sondeó Tarquin, meditativo. A pesar de que la calle era privada, resultaba sin duda demasiado... familiar. Las personas se gritaban desde los extremos de la banqueta, los niños jugaban a media calle y casi era seguro que ahí todos se conocían.

— ¿Te parece un mal modo de pasar desapercibidos?—dijo Sewall— Creo que si la Testa quisiera adivinar dónde está la guarida del dragón, jamás pensaría en esta vecindad.

—No, a menos que le siguieran la pista.

—Hasta ahora, eso no ha sucedido. Y no por suerte, además. Tranquilízate. No es tiempo de dudar aún, y ten por seguro que cada una de nuestras acciones han sido tomadas con inteligencia.

Llegaron a una casa que nada tenía fuera de lo común en esa doble fila de viviendas alegres y coquetas: era amarilla, de doble piso, y adosada entre otras dos casas de casi idéntica apariencia. Ni tan siquiera una cancela separaba la puerta principal de la calle. Pero, contemplándola más de cerca, Tarquin se dio cuenta de que había, después de todo, una característica que, aunque compartida con una que otra fachada alrededor, sobresalía ahí de forma singular. Conocía bien lo que significaba, y señalándola estupefacto, dejó la pregunta al aire para que alguien la atrapara.

— ¿Es una broma?

—Se llama encubrimiento, Dega. Te gustará.

Esteban ya se había adelantado con el fin de tocar el timbre. La cochera, bien barrida y de modesto material, era un cajón sin techo, cortado por la escalera de herraje que subía desde un costado de la puerta principal, al segundo nivel.

— ¡Una doble, sobre todas las cosas! ¿A quién rayos se le ocurre...?

Pero ya alguien abría la puerta. Esteban retrocedió respetuosamente, y Sewall, haciendo una discreta señal para que Tarquin lo siguiera, se acercó impasible. La mujer que había contestado no se parecía en nada a Turmaline. Era una dama de edad, sí, pero más alta y delgada que la guía del metro; además, podía decirse que vestía de forma menos dramática, puesto que no necesitaba de pañoletas, abrigos de peluche, faldas lisas, medias beige o zapatos negros y aburridos para dar una impresión de respetabilidad convencional y de inocencia. Tenía el largo pelo gris suelto sobre el torso, y la mirada seca e interrogante propia de una ancianidad desaprobadora. Su frente, rosada por naturaleza, estaba surcada por líneas que nacían del entrecejo, lo que le daba una impresión de cansancio aunque no fuera el caso, y un sencillo traje de color apagado terminaba de perder entre sus pliegues uniformes los últimos encantos de una belleza degradada por el tiempo.

—Es jueves—dijo Sewall, con lo que la mujer esbozó una sonrisa a boca cerrada.

—Los otros inquilinos no están— respondió tranquilamente. La puerta se abrió de par en par, y los hombres entraron con parsimonia de desconocidos.

Tarquin, a quien Sewall había arrastrado por debajo de un brazo, se encontró en una casa oscura, llena de chucherías y adornos inútiles como esos que las mujeres gustan de coleccionar durante sus arranques de consumo insaciable. Frente a ellos, la sala abarcaba casi una mitad del área, con sus muebles a la antigua, y una lámpara de piso vieja y elegante. Aparte de las baratijas, reinaba en la estancia la misma sobriedad que podría haberse visto en los hogares vecinos. Limpio y vacío, excepto por lo necesario, aquel piso hablaba de una soledad sin interrupción. Pero entonces no era algo de extrañar, porque ya ni los más sociables podían costear los gastos que reuniones y fiestas implicaban.

— Hola, Esteban. ¿Es éste, Louis?

— ¿Louis...?

—Marin Ajax: te presento a Tarquin Dega.

—Es un placer, señor Dega—dijo la mujer, estrechando una mano fría—. La verdad es que estaba ansiosa por verle. Es un alivio que haya aceptado unírseos.

—Un alivio—repitió el aludido—... ¿Eso por qué?

— ¿Es o no es un cabello de cobre?—fue la respuesta. Aún sin sonreír, el consultor se descubrió la cabeza, que a petición de Sewall llevaba oculta bajo un sombrero por ser demasiado llamativa. Un silencio pesado cayó

sobre la habitación.

—Sí—susurró Marin Ajax, clavando sus vibrantes ojos verdes en la cabellera rojiza—...lo es en verdad...me gustaría poder estar presente cuando su...su, poder se haga visible.

— Hablaré con los otros fenómenos de circo para que le reserven un asiento en la próxima función.— contestó Tarquin, quien no había pasado por alto la vacilación premeditada de Ajax al pronunciar “poder” y pensó que la anciana le tomaba el pelo.

Sewall lanzó una débil risotada.

— ¡Vamos, bajen la intensidad al termostato, como dicen por ahí! No nos acaloremos tanto. La curiosidad por verte no es exclusiva de Marin, Dega. Hablemos mientras trabajamos. Querida, nuestro pasillo, por favor.

La anciana obedeció. Se dio media vuelta, y comenzó a guiarlos a través de la casa, iluminada apenas.

— ¿Qué es todo esto? ¿Quién es esa Ajax?—espetó Tarquin en voz baja, mientras seguía a las sombras que se proyectaban en el piso. Esteban caminaba detrás, como un centinela, y la ocasión, inquietante por demás, exigía explicaciones inmediatas.

Sewall lanzó un “Shh...” que se prolongó unos segundos antes de convertirse en palabras.

—Marin es nuestra portera. Vive aquí y está al corriente de lo que significa tu adhesión a la Junta, por eso el comentario que te tomaste tan a pecho. Pero no debes darte por ofendido: todos se preguntan si podremos hacer algo con tus episodios de díó-consciente. Recuerda que nadie nunca, a menos que se trate de un cabello de cobre, ha podido explicar la naturaleza de estos ataques, estas hípercepciones. Y si podemos comprobar que son algo más que alucinaciones, estaremos dando el paso final de nuestros planes. Será, de alguna forma, el comienzo del fin, o el final del comienzo.

—Pues sigo sin entender. ¿Qué pinta tiene ella en todo esto? ¿Y qué clase de escondite es un dúplex resguardado por una vieja? Y por último, ¿es Yarin o Louis tu verdadero nombre?

Sewall se rio de buena gana, aunque el silencio de la casa inspiraba circunspección.

—Es Louis. Louis Heron. Ya puedo decírtelo, puesto que ambos somos parte de la Junta. Aquí usamos nuestros nombres reales, sin temor a que nuestros compañeros nos traicionen. Tienen nuestros nombres tanto como

nosotros los suyos, y todo el que camina en esta casa es tan discreto como los muertos, aunque quizás esa comparación nos haga estremecernos.

La portera se detuvo de golpe, haciéndolos seguir su ejemplo. El discurso de Sewall se cortó a la mitad, y Tarquin sintió el zapato de Esteban golpeándole un talón al tiempo que contemplaba una habitación diferente. Una sola lámpara en el techo constituía todo el amueblado. Un cable para televisión a medio cortar asomaba de una pared contigua a la única puerta que, cerrada, parecía algo así como la entrada al sótano donde se contenía al hijo monstruoso o a una criatura siniestra. Marin atravesó la estancia y se sacó algo que tenía colgado del cuello, por debajo de la blusa. El tintineo metálico fue inconfundible, así como el forzado chasquido de una cerradura oxidada.

—Cierren la puerta tras de ustedes—dijo simplemente, y se internó en la oscuridad cavernosa que salía del umbral. Esteban hizo lo que le decían, y quedaron encerrados en la solitaria habitación, sin una luz para guiarlos.

—Es por aquí—dijo Sewall, ofreciendo sus ojos al enceguecido consultor. Sus pasos se arrastraron sobre el suelo frío, y vacilaron un poco ante los escalones que comenzaban nada más franquear la segunda entrada.

— ¡Un sótano, nada menos!

—Seguro. No hay nada menos original y más sabio que un pasaje en el sótano—replicó el hombre ante la exclamación, que evidenciaba cierta aprensión de parte del novicio.

Una débil llama se encendió debajo de ellos. El rostro de la anciana apareció de súbito al fondo de las escaleras, enrojecido por el candelabro.

—Esto se va pareciendo cada vez más a una novela de terror—comentó Dega, con voz algo más firme, aunque sólo porque su orgullo lo exigía—. Pero, nunca es conveniente ser protagonista de una de esas historias.

—Tranquilícese—respondió Ajax—, la historia de terror todos la conocemos. Está en las calles y en las casas, y en las políticas de la Testa.

—Y por si eso fuera poco—continuó Sewall—, esta historia de horror es mucho más susceptible de ser cambiada que aquellas que aparecen en los libros. El destino de sus protagonistas, que son muchos, no está decidido por una pluma omnipotente.

—Algunos sí lo creen.

Tarquin se sobresaltó. Casi había olvidado que Esteban descendía con ellos; su intervención en la charla le cayó encima como un predador hasta entonces oculto. Cuando por fin pisaron tierra firme, el chofer tenía un brazo de Sewall sobre los hombros.

— No subestimes el poder de las propias acciones, mi amigo. A mí no me atrae la inmovilidad de los sumisos que levantan los ojos al cielo, esperando un milagro que no van a buscar. La religión suele meter cierta pereza, ¿no es cierto?

Marin le tocó un hombro. Llevaba el candelabro a la altura del rostro, y le hizo un gesto a Tarquin para que la siguiera. Sus distraídos compañeros se quedaron atrás, pero por poco.

La galería del sótano estaba casi toda velada por una densa oscuridad. Lo único que conseguía verse era parte de algunos objetos grandes y pesados que asomaban a ambos costados, como almacenados ahí en desorden y desde hacía algún tiempo. Las llaves tintinearón en el pecho de la dama, y Tarquin se preparó para ver otra puerta. Volvieron a detenerse, frente a una hoja negra de metal.

—No puedo abandonar la casa—dijo la portera con serenidad—, así que lo veré a usted en contadas ocasiones. Pero deseo que tenga suerte... no he dejado de creer en ella, supongo; y quizá la necesite. Usted hará que las cosas se agiten.

Dega no dijo nada. La miró girarse, como una de esas amas de llaves de siglos pasados, los cabellos plateados cayéndole sobre la espalda. Sin embargo, antes de desaparecer, su voz, dirigida a nadie más que a él, le causó una emoción que cuadraba muy bien con todo ese ambiente de misterio:

—No me burlaba de usted—murmuró—... Si los cabellos de cobre no son gente enferma, todos querrán ver su poder.

Capítulo 4

La Junta

Sorprendido por tal afirmación, Dega se quedó parado frente a la entrada del pasaje. Pasó un instante mordiéndose ligeramente el labio superior, y entonces llegaron Sewall y su compañero.

—Bien, Marin volvió a su puesto—anunció como si fuera noticia— y nos hallamos en un punto crítico de nuestra excursión. Sí, sí... el tiempo corre como siempre. Continuemos.

Y, con el candelabro que al parecer la anciana le había dado, se colocó a la vanguardia del trío. Esteban conservó su lugar en la retaguardia, y así el dío-consciente descubrió con ojos irritados un pasillo en una bóveda muy baja, que se alargaba como una alfombra de tierra apisonada hasta ser cubierta por un grueso velo de sombras. Anduvieron durante unos minutos antes que el declive se evidenciara. Bajaban sin parar, a un nivel subterráneo más y más profundo. Sewall no hablaba más que para hacer breves anotaciones, a la manera de un guía de turistas concentrado en sondear los peligros del descampado.

—Ahora estamos debajo de la privada... acabamos de pasar al barrio de la estatua blanca... eso que oyes es el rumor de un taladro...

Prosiguieron sin detenerse, hasta que el transcurrir del tiempo se tornó borroso. Tarquin llevaba un reloj, y por esa razón calculó tres horas de caminata, que por su monotonía, le parecieron más. El calor fue amainando, y esporádicas ráfagas de aire, si no fresco, al menos refrescante para los caminantes, se colaban por entre las grietas invisibles de los muros. El pasaje volvió a ascender, aunque sólo parcialmente, y quizá aquella fue la parte más fatigosa de todas.

El consultor, que no había bebido desde la madrugada, rabiaba por un vaso de agua. De pronto, se escuchó un murmullo distinto; resonaba lejanamente sobre sus cabezas, y uno que otro eco fantasmagórico se colaba también desde la bóveda.

— ¡Voces! ¿No quiere decir eso que estamos cerca de la superficie?—quiso saber, volviéndose ligeramente hacia donde estaba el chofer. Sewall, no obstante, guardó silencio, imponiendo su ejemplo. Pronto se encontraron ante un callejón sin salida. La pared, rugosa y pálida, tenía una simpleza algo amenazadora, al menos para aquellos que nunca habían estado en el

lugar. Pero Sewall no se inmutó. Lanzó una sonrisa pícaro al confuso novato, y dejó el candelabro en el suelo. Su brazo se alzó por sobre su cabeza, y luego de indicarles que retrocedieran, hizo por jalar algo. Tarquin sufrió otro sobresalto, aunque disipado rápidamente tras comprender la forma al principio vaga de la escala plegable. Voilá. El hombre no esperó a ver la reacción de su público, y comenzó a trepar indicándoles que esperaran. El ruido de la escala, crujiendo bajo el peso de su cuerpo, no era nada tranquilizador. Y sin embargo, resistió. Aunque no pudieron verlo, Louis Heron sacó dos llavecitas del bolsillo, metió una en un minúsculo candado, sacó la cadena y abrió la trampa con la otra. Ésta, de madera ligera, dejó entrar lo que a Tarquin se le antojó una corriente helada, y mientras aguardaba, sentado a un lado de Esteban, su introductor desapareció del todo, como suspendido en el aire. No tardó demasiado; se encendió una luz y la cara sonriente del hombre asomó desde arriba, indicando que subieran.

Quizá fuera efecto de mirar la habitación por aquel ángulo, como en las películas antiguas sembradas de trampas y pasajes, o tal vez el hecho de que estaba cansado, pero la sensación de culpabilidad que asaltó a Tarquin en ese instante causó que vacilara de manera visible. Temía a la Testa, o mejor dicho al rigor de sus leyes... pensó en los separatistas y radicales de cuyos líderes era bien sabido que habían sido suprimidos sin ningún esfuerzo, en el preciso momento en que se disponían a cumplir alguna de sus amenazas. Más que temer los actos terroristas, el gobierno prevenía así cualquier disturbio derivado de la popularidad de uno de aquellos grupos divergentes destinados al fracaso. Y sabía que ahora, sacando la cabeza por el suelo de una habitación completamente vacía, estaba cometiendo una traición al único partido poderoso del mundo, al mismo sistema que clamaba haberlo salvado.

Recibió con un respingo el golpecito que Esteban propinó a su pantorrilla, y subió la escala hasta que se encontró de lleno en el nivel superior. "Una caja metálica", pensó Tarquin. A semejanza del cuarto en casa de Marin, aquella caja de caudales no tenía más que una lámpara de techo en forma de ventana, de la cual emanaba una luz fría e intensa. Sewall, con una mano en la cadera, esperó a que el chofer terminara de cerrar la trampa para hablar.

—La antecámara. ¿Listo para las presentaciones?

Y, dando unos pasos en dirección a un panel abombado que había en la pared de enfrente, ingresó un código con la rapidez del experto. Un leve chasquido, y una puerta plateada se entornó frente a ellos, dejando entrever varias siluetas de gente que iba y venía. Las voces se hicieron más fuertes, y de nuevo, Sewall tomó la delantera.

Un hombre vestido de negro aguardaba con un detector de metales portátil listo en la mano. Los recibió con una cabezada, y efectuó su

trabajo en un silencio reconcentrado que a Tarquin le pareció más intimidante que el propio lugar donde se hallaban. El puesto del guardia de seguridad se ubicaba justo frente a la puerta, en la desembocadura de un pasillo central que a diferencia de los otros dos paralelos, yacía desierto hasta perderse de vista entre varios cubículos pintados de blanco y caoba.

Un taconeo en aumento sacó a Tarquin de la inquietud que había empezado a apoderarse de él. Sewall, quien también captaba el sonido, giró el torso en busca de su origen, soltando un carraspeo nada petulante. La dueña de los zapatos altos se detuvo a poca distancia, formando la punta de un triángulo entre Sewall y Dega, que la miraba con expectación.

—Bien hecho, Esteban—saludó al aludido con una voz aguda e impersonal. Esteban, que había estado esperando un poco aparte, pareció relajarse al instante—. Veo que los ha traído sanos y salvos. La próxima esfuércese un poco menos y tire al señor Heron en algún crucero.

—No puedo decir que la idea de irme a vacacionar en un crucero para gente importante me desagrade—respondió Sewall tratando de sonreír, a lo que la dama, muy tranquila, dejó escapar un:

—El crucero que tenía en mente involucraba más tráfico pesado y menos gente importante.

—Entonces terminaría tomándome unas vacaciones demasiado largas para mi gusto—dijo Sewall, y se volvió hacia Tarquin.

—Doctor Tarquin Dega, déjame presentarte a la señora Ellis Bitton, directora ejecutiva de la Junta.

— ¿Cuántas veces tengo que decirle que es "señorita", Heron?—se quejó la mujer, claramente agriada, mientras Tarquin le daba la mano. Aquel se encogió de hombros.

—Ah, deben ser esas pantimedias—repuso en tono casual—. Cúlpese a usted misma, querida.

Ignorándolo a propósito, Bitton giró sobre los talones, haciendo una señal por sobre el hombro para que la siguieran.

—Y comienza la visita guiada...—murmuró Sewall a sus espaldas. Echaron a andar, y Tarquin echó una última mirada a la compuerta plateada antes que el guardia de seguridad pulsara el código para dejar salir a Esteban.

Ellis Bitton era una profesional. Desde su correcto exterior, hasta el confiado taconeo que levantaba por todo el lugar, su personalidad

dominante se evidenciaba. Tenía el grueso cabello negro perfectamente escardado hacia atrás, y una larga coleta lacia que iba a perderse entre el todavía más negro de su traje sastre, que envolvía las curvas de sus caderas prominentes, pero dejaba al descubierto las pantorrillas cortas y carnudas. Su rostro, provisto de una quijada cuadrangular, era el de una mujer en la flor de la edad, aunque muy terca y poco dada a tolerar las ligerezas. La forma en que hablaba, también, se le presentó a Dega como una expresión clara de fría competencia, siempre vigilante.

—...optando por las mejores alternativas. El pavimento de policloruro de vinilo y los recicladores de energía que ve por allá son ejemplos que saltan a la vista.

— ¿Es ella la cabeza de la Junta?— preguntó a Sewall el consultor, intuyendo enseguida lo poco beneficioso que habría sido interrumpir su arenga para disolver algunas dudas. Sewall contestó en el mismo tono:

— ¡Cielos, no!... yo ya estaría debajo del neumático de algún tráiler en el famoso cruce si esa bruja tuviera el poder suficiente. Más vale caerle bien, doctor.

— Pero dijiste que es la directora.

—No; directora ejecutiva. Ella tiene un jefe- quién, no lo sabemos a ciencia cierta- que trabaja a su vez para los dueños de la Junta.

Tarquin arrugó la frente mientras Ellis Bitton continuaba exponiendo los detalles de infraestructura del cuartel, cosa que claramente la tenía muy orgullosa.

Pasaron de largo a través de los cubículos y entraron a una segunda oficina, al lado izquierdo del pasillo. El silencio ahí resultaba casi tranquilizador, comparado con el ir y venir de los trabajadores que se paseaban en la primera estancia donde además, Tarquin se había sentido tan expuesto.

Se detuvieron en un cubículo algo mayor que los demás. Un hombre de calva entrecana, estrecho como un junco, trabajaba con una mano en la frente, moviendo un lápiz sobre un papel artificial con el frenesí propio de alguna revelación. Reparó en su presencia segundos después, y se echó nerviosamente hacia un lado de su silla.

—Ah, directora—saludó en voz baja—... justo terminaba el último plano.

—Señor Dega, éste es Oscar Chanel, nuestro mejor arquitecto.

—Pues sí, me especialicé en arquitectura sostenible con mención honorífica—presumió Chanel sin perder su tímido aire de roedor—...estos

pliegos podrían hacerme quedar mal, pero la señorita Bitton me permitió trabajar a la antigua... me ayuda a concentrarme... he tenido este proyecto en la cabeza desde que...

—El señor Chanel es uno de nuestros participantes más entusiastas—lo interrumpió la directora, cruzada de brazos—. El trabajo de nuestros arquitectos está casi concluido.

—Oh, oh, directora—farfulló el proyectista, que por lo visto no pensaba igual—...aún faltan algunos detalles con los que hemos tenido problemas.

—Veámoslos.

—N-no en este plano particular... lo revisé y creo que es perfectamente...ejem, en fin, pensábamos hablar del asunto en la próxima reunión, cuando Ager haya terminado su parte... en conjunto con el departamento de ingeniería.

Ellis Bitton reprimió un resoplido.

— ¿De nuevo? Oscar, el señor Po ya dio su autorización; el proyecto es funcional. ¿Hizo nuevos cambios o qué?

—Bueno, la verdad... temo que necesito más tiempo. Sólo para asegurarnos...

— ¡Claro!— soltó la directora con sarcástica impaciencia—, ¿más tiempo?, ¿qué le parece otro año? ¡Faltaba más!—y suspiró al tiempo que rodaba los ojos—... usted sabe que no puedo dárselo. Este proyecto debe estar en la mesa directiva al término del mes. El señor Po ya está demasiado ocupado como para revisar una y otra vez sus bocetos, Oscar, así que deje de modificar los diseños!

—Un momento—intervino Tarquin, luego de hallar el ángulo más adecuado para mirar los esquemas por encima del brazo de Chanel —. Estos son planos para edificios de vivienda colectiva...

— En efecto—respondió Bitton, como si no pudiera ser de otra forma—- ¿O preferiría los diseños obsoletos de nuestras invasivas ciudades actuales?

Pero Tarquin parecía haber hecho un descubrimiento importante. Su expresión era de sorpresa y maravilla, en contraste con la leve exasperación de la dama, que evidentemente culpaba a Sewall por mantener al novicio en un estado de ignorancia tan reprobable.

—Dios mío... es el plan de Wilcox... ¡están adaptándolo!

—Esto es real, doctor—le sonrió Sewall—; se lo dije una vez. Estamos cambiando el mundo...

—O al menos, eso pretendemos. —completó la directora, despidiéndose de Oscar Chanel con un ademán. El arquitecto regresó a sus papeles en cuanto lo dejaron, y Tarquin, lleno de estupor, casi se olvidó de él enseguida.

—Tal vez el señor Heron no le ha especificado la razón por la que lo buscamos expresamente, doctor.

—Por mi hipercepción. — fue la respuesta. Pero Ellis Bitton no le hizo caso.

—Llevamos años trabajando para lograr ofrecer una alternativa social viable—continuó como si no le hubiera oído—. Los fundadores de la Junta tomaron como base el sueño de un Louis Mortimer, humanista del siglo pasado, para diseñar un modelo de vida mejorado y aplicable a nuestros tiempos: lo llamamos Colectividad Tecnológica Orgánica Resolutiva. En estas oficinas se desarrolló una logística para el proyecto insinuado por Mortimer, y elaborado en el ensayo de Wilcox. Las nuevas tecnologías que surgen día tras día nos han sido de gran utilidad. Pero ningún avance, señor Dega, puede permitirnos comprobar definitivamente la efectividad de nuestro plan social.

—Así que quieren que yo la compruebe por ustedes.

Sewall se adelantó:

—Bueno, mi amigo: sé que los episodios de un cabello de cobre no son voluntarios, pero usted me confió...

—Sí, lo hice, pero no creo que deba depender de mí el que...

—No se preocupe por eso. Todo proyecto que sale de estas oficinas es perfecto, en teoría. Usted ayudará a resolver las últimas dudas, es todo. Será como...nuestro propio sello de calidad.

—Un momento—dijo Tarquin, comenzando a sentirse amenazado—. La verdad es que ninguna visión es absoluta: yo podría prever algunas cosas, pero no tendría la última palabra. Ciertos resultados están fuera de nuestro control... incluso los cabellos de cobre nos topamos con una que otra sorpresa. Y las posibilidades futuras son infinitas.

Ellis Bitton no se inmutó.

—Sólo podemos pedirle que intente ser lo más preciso posible—dijo en su tono de voz despersonalizado—. Usted sería lo más cercano a algo absoluto que tenemos, doctor Dega. Y es nuestra única oportunidad de comprobar si los díó-conscientes poseen un don aprovechable.

— ¡Oiga!—exclamó Dega—... ¡no puedo pedirle a mis episodios que me revelen el futuro de la Junta! Escuche, Bitton, usted quiere una especie de profeta, no un científico.

—O tal vez ambas cosas—repuso la mujer. En ese instante, apareció ante ellos el umbral de una nueva oficina. Ellis Bitton, imperativa como nadie, los obligó a atravesarlo en silencio.

Era un espacio desierto, provisto de dos escritorios a rebosar de pizarras digitales, un amplio bastidor con un pizarrón verde encima, y varios artículos que parecían formar parte del arsenal tecnológico de la Junta. Pasaron de largo, en dirección a una puerta blanca sin chapa, que la directora abrió rápidamente por medio de una tarjeta de identificación.

—Ahora—le dijo al consultor— pasemos al laboratorio.

No era un gran laboratorio, y de alguna manera Tarquin extrañó las sillas rodantes y las engrapadoras de la zona que habían dejado atrás. Se dividía en tres partes, a lo que pudo ver, franqueadas por otro corredor que remontaron con algo más de prisa. En una de las salas pudo observar una especie de barra tapizada de artefactos electrónicos, sobre la cual se encorbaba un cuarteto de personas vestidas con batas blancas, y en la otra, vacía, filas de ordenadores hasta donde llegó su vista. Por fin, doblando a la derecha, se encontraron en un saloncillo medio oculto en la sombra, que le recordó al díó-consciente su experiencia con los dos encargados del proceso de admisión a la sociedad, Wagon y Wando. Ya se preguntaba si en verdad eran esos sus nombres (sonaban a cual más ridículos), cuando la directora abrió la puerta y precedió su entrada.

Al principio, el olor a fritura lo confundió, pero luego se dio cuenta que era hora del almuerzo. Un hombre en sus cincuentas apoyaba ambas espinillas en un escritorio, apurando la rebanada de pizza con ruidosa fruición mientras pasaba las páginas de su revista virtual, que hacía un vago pero agradable crujido. Cerca de la pared se hallaba una pirámide negra de material sintético, y a su derecha se encontraba un módulo aislado, coronado por un monitor que daba la impresión de hallarse inactivo.

Ellis Bitton protestó parpadeando, y Tarquin no pudo contener el agudo gruñido que salió de su estómago, aunque fue eso y no otra cosa lo que

sacó al hombre de su éxtasis gastronómico.

— ¿Franco, trajiste la mostaza? ¡Oh... directora!, no sabía que era usted. ¡Hola, Louis!—Sewall contestó de buena gana— Pasen, hagan el favor de cerrar la puerta.

Tarquin lo hizo, captando la atención del hombre casi de inmediato.

— ¿El doctor Tarquin Dega?—inquirió, sin molestarse en fingir que no lo conocía.

—Sí—respondió Tarquin—. Supongo que todos en la Junta saben quién soy.

—Ujú, no se equivoca—dijo el hombre—. Pero yo tengo razones para esperarlo—y le tendió una mano—. Soy el doctor Roger Tyrell, y lo asistiré en el experimento.

Tarquin fue a su encuentro, ya que Tyrell no se había molestado en levantarse. Éste le dio un confiado apretón, pero no realizó el deseo del consultor de ofrecerle el último pedazo de pizza.

Entretanto, Ellis consultó su reloj.

—Basta de cháchara, Roger. No quiero atrasos.

—De acuerdo.

Aún sin levantarse, Tyrell se inclinó hacia el electroencefalógrafo y activó los controles. Acto seguido, se volvió a mirar a Tarquin. Había algo contradictorio acerca de las profundas entradas que tenía en la frente; signos de una inteligencia que llamaba al respeto, pero que en aquella cara rosada, con aquellos ojos brillantes, conferían un toque de comicidad al agradable conjunto.

—Bueno. ¿Listo?

— Temo que no—declaró el consultor—. Aún no sé para qué me están alistando.

Tyrell aparentó sorprenderse.

—Sus ataques pueden ser controlables, ¿no? Es un rasgo extraño dentro del síndrome. Lo primero que haremos será observar el proceso por el que usted pasa cada que se autoinduce una crisis, y registraremos su actividad cerebral.

—Pero que conste que mis resultados no son todos voluntarios. Hay veces en que simplemente me asaltan—puntualizó Tarquin. Se había sorprendido deseando que lo consideraran inadecuado, que Ellis Bitton le estrechara la mano, salvándolo del interrogatorio y obligándolo a volver a su piso en la primera Marca. Una parte de él temía que sucediera, pero las expectativas de esas personas lo inquietaban sobremanera.

—Para eso el EEG. —dijo Tyrell, inmovible, y cuando Tarquin giró el cuello para mirar el aparato, aclaró emocionado: — No, no, tengo uno especial para monitorear sus impulsos durante un tiempo prolongado. Créame, le hará la vida más sencilla. Por otro lado, necesitamos comprobar que no tenga lesiones cerebrales, lo cual es posible dado su historial.

— Me hicieron un examen luego del accidente. No encontraron nada. Estoy seguro de que tampoco lo hará usted. Bien. ¿Y después?

—Bueno, una vez que estemos seguros de que...

—De que no estoy loco...

—...podremos hacer la interfaz.

—Se nos va el tiempo, señores. —presionó la directora. Tyrell hizo un gesto de despreocupación, y continuó orgulloso:

—No hay problema. Lo que importa es comprender su estado. Entonces tendremos una oportunidad de probar el ingenio de nuestro departamento.

Tarquin se rascó la costra en su cuello. Se sentía como un conejillo de indias.

—Creo que lo entiendo—dijo con cautela—. Sin embargo, espero que esa invención suya no involucre agujas.

Sewall soltó una carcajada.

—Roger es el segundo al mando de Tecnologías, y ayudó a desarrollar esa monada. Estás en buenas manos.

Durante la hora que siguió, Dega se sometió a una serie de pruebas que conocía sólo de oídas, casi siempre por medio de los cabellos de cobre que acudían a su consulta luego de sufrir sesiones interminables sometidos a un electroencefalograma.

—No está tratando con un epiléptico, doctor—le recordó al operador luego de la prueba de luminosidad. Tyrell le sonrió como única respuesta,

acomodándose los lentes al tiempo que pinchaba los controles del EEG.

Bitton, demasiado ocupada con su cargo de directora como para quedarse a lo largo de la examinación, había dejado el laboratorio inundado de empalagosas notas perfumadas. Su colonia empezaba a provocarle náuseas al dío-consciente, quien, recostado en el sillón reclinable, sólo podía confortarse dándose un pequeño masaje en el puente de la nariz. Sewall, fiel al protocolo, los había dejado a solas, y el rumor amortiguado de los aparatos rellenaba a duras penas su silencio incómodo.

—Veamos—murmuró Tyrell consultando un expediente—... por lo visto, los episodios no son reflejos. La salud cerebral es buena. Me parece que lo único que falta es pedirle que me dé un episodio.

Tarquin rio nasalmente.

— Ojalá pudiera darle gusto, pero no es como silbar una canción.

Se hizo una pausa.

— ¿Sabía que leí su libro dos veces?—inquirió el operador, tomando asiento en un banco forrado de cuero—. Es un concepto revolucionario. Pero a pesar de que explica la hípércepción a detalle, no profundiza en su propio caso, excepto en el capítulo en que hace recuento del día del Juana de Arco.

Tarquin asintió.

—No creí que fuera muy prudente.

—Tal vez tenga razón: causó suficiente controversia en el medio de por sí... ¿por qué confundir a las personas con el detalle de que los resultados podrían llegar a tornarse controlables?

—Sostengo esa creencia, no obstante—dijo Tarquin—. La evolución de mi propia dío-conciencia no fue del todo autónoma. Logré detectar ciertos patrones, y al poco me di cuenta de que, concentrándome hasta el punto del cansancio, ocasionaba una reacción que traía a mi mente visiones más y más fuertes. Con la práctica alcancé cierta maestría, pude relajarme y ya no fue tan fatigoso perseguir resultados. Dejando de lado mi caso, estoy seguro de que la anomalía que soy, va a repetirse; alguien más en otro lugar, será capaz de inducirse episodios, y cuando esa persona tenga nietos, quizá ocurra lo mismo con uno de ellos.

—Entonces—razonó Tyrell— el inductor es la atención.

—Sí, pero no en general. Tengo que concentrarme en cierta situación, en cierta acción. Si me sobreviniera un ataque al centrar mi atención en

cualquier cosa, tendría una vida mucho más accidentada, igual que si tuviera un ataque cada que olera determinado perfume.

Tyrell se inclinaba hacia delante, tan interesado en la charla que casi parecía absorto. Tarquin lo encontró divertido, sobre todo porque esa muestra de concentración era justamente lo que él necesitaba para catapultarse a aquellos estados alterados de conciencia.

—Verá, doctor—le confió sin vacilar—: soy un oráculo viviente. Lo único que debe hacer es preguntar.

— ¿Preguntar...?

Otro silencio. Tarquin aguardó a que el operador, frotándose los labios, procesara la sencillez de su secreto.

—Hay otro detalle—añadió al cabo de un momento.

— ¿Otro detalle?—repitió Tyrell, distraído—...elabore, doctor, por favor.

—Tengo que ser parte de ello.

— ¿Parte de qué?

—Parte de la pregunta; de la situación. Si por ejemplo, me pide que concentre mi atención en la decisión profesional de su hija, no podré hacer mucho por usted. Pero si quiere que vea los resultados de una reunión a la que iremos ambos, entonces puedo verme en la situación, y eso es algo indispensable para que yo...conecte.

—Así que—dijo Tyrell—... correcto, es como dice Truett...las visiones son siempre relativas a las acciones de los dío-conscientes.

—Básicamente.

—Por tanto, no puede ver resultados que no lo involucren a usted.

Tarquin puntualizó:

—Si es una acción directa, las crisis serán inmediatas e intensas. De otra forma, iré más profundamente, más lentamente a través de las ramificaciones, pero mi control sobre ellas será mejor. En ambos casos, mi mente debe poder visualizarme dentro de esa circunstancia particular.

Tyrell se quedó cabeceando. Luego, se sorbió la nariz y comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación.

—Veamos. Si le digo a uno de los muchachos que venga y usted le pide un emparedado... podremos verlo por la cámara y... sí, creo que puede funcionar. ¿Estaría dispuesto a hacer la prueba justo ahora? Necesitaremos un rato para hacer los preparativos.

—De acuerdo—aceptó Dega.

No bien hubo dado su autorización, el operador puso manos a la obra. Se retiró a un rincón para luego volver con un par de objetos inesperados; colocó uno de ellos en el escritorio plateado e hizo ademán de ajustar el otro antes de ponérselo a Tarquin sobre unas orejeras. Éste inspiró hondo, algo nervioso cuando el aparato le cubrió las orejas.

—Eso es—dijo Tyrell, dirigiéndose hacia el escritorio—, relájese.

Su dedo acarició el frente de la caja, abriéndola como si fuera un portafolio. Un monitor cuadrado se desplegó ante sus ojos, y reaccionó bajo los dedos de su dueño, que parecía conocerla a la perfección. No había imagen aún, pero el díó-consciente sospechaba lo que aparecería en cuanto lo conectaran a aquella especie de casco ortopédico que tenía puesto. Un segundo monitor, esta vez plano, se deslizó desde la parte inferior de la caja cuando Tyrell lo atrajo hacia sí con decisión.

—Ésta de abajo mide la actividad de su cerebro. No es que me interese, teniendo la terminal de arriba...la fase de interpretación de impulsos neuronales a través de la base de datos de la matriz del procesador, y su transcripción a modelos gráficos es simultáneo, así que podré ver todo en tiempo real.

— ¿Usted inventó esto?—preguntó en un murmullo, mientras Tyrell ajustaba la clavija del casco a la caja. El científico emitió una risita.

—Lo hubiera querido, pero no puedo llevarme el crédito: fue el profesor Koch quien soñó con José y lo diseñó—la expresión de Tarquin lo hizo reír—. Es un apodo. Por José el soñador...originalmente, esta máquina registraría los sueños de Koch. El casco crea un campo magnético y emite una señal de radiofrecuencia, justo como las tomografías; luego, transmite la información al procesador.

—Maravilloso...

Hasta hacía un día, la posibilidad de armar una función de cine usando las imágenes que cobraban vida en su cabeza jamás se le hubiera ocurrido, pero luego de la primera etapa del Proceso, sabía que había entrado en un mundo distinto.

—Ahora hay que llamar a un tercero. En cuanto venga nuestro ayudante, quiero que le dé esto—dijo el científico, entregándole a Tarquin una

moneda.

—De acuerdo, doctor, es su dinero...

—Así es. Pero si usted manda al muchacho a hacer un encargo, ya que es una situación que lo involucra, debería ser capaz de verlo en sus ramificaciones, ¿no es cierto?

El consultor lo admitió con un gesto.

—Es posible.

Tyrell no dejaba de pasearse. Se alejó de nueva cuenta y regresó con el ceño fruncido, sosteniendo algo contra la oreja. El diseño singular de la bocina intrigó a Tarquin hasta que, tras pedir a un empleado que se presentara al laboratorio, Tyrell fue a colocarla en su base. La cara que faltaba a la pirámide metálica del escritorio volvió a encajar sin un sonido y el auricular, de textura y color idénticos, desapareció de la vista.

—Queremos que la situación sea natural, ¿no es cierto?

Tarquin dio un sí por respuesta. Su interlocutor le dio la espalda, y pulsó suavemente la superficie ultrasensible del aparato. El dío-consciente saltó en su sitio: era como hallarse atorado dentro de un motor. Las orejeras no lo aislaban completamente, aunque al menos permitían una comunicación accidentada con el mundo exterior. Tyrell, encorvado sobre la máquina, cubría con su cuerpo las pequeñas pantallas. Había graduado la iluminación, de modo que de un laboratorio, parecían haber caído en un cuarto oscuro, buscando negativos que revelar. De pronto, alguien tocó a la puerta, y un joven imberbe apareció en la habitación.

— ¿Me llamó?

— Sí, Franco. ¿Doctor Dega?

Tarquin apenas lo escuchó. Aquel ruido infernal le envolvía la cabeza. Sordo como una tapia, se limitó a hacerle una señal para que se acercara. Le dio la moneda y lo miró a los ojos. "Ve y tráeme un sándwich", creyó gritar. Era difícil de decir, porque el casco parecía insensibilizarlo físicamente: no sentía su garganta. Por fin, la reacción del chico (casi saltó fuera de su piel) lo convenció de que se había hecho escuchar, y mientras volvía a quedarse solo con el monitor cerebral y su ayudante en esa sala oscura pegó la espalda al respaldo del sillón, haciéndose las preguntas mágicas, preparándose para dejarse ir.

La facilidad con que entró en crisis lo sorprendió: una corriente le sacudió los miembros, Tyrell y José desaparecieron, uno entre palabras de entusiasmo y el otro entre gruñidos y gorjeos sintéticos, y su mente

comenzó a mostrarle una serie de pasillos idénticos. La imagen de Franco correteando hacia un dispensador de comida; la sensación característica de las visiones más probables, las que se acercaban más a lo que los ojos de Tarquin verían luego en tiempo real.

Ahí va el pollito con su expresión de angustia, su paso saltarín, recorriendo las oficinas y los compartimentos rumbo a un artefacto ubicado en una arista oscura de pared...

El primer resultado era siempre el más probable. El díó-consciente ni siquiera pudo pensar: "¡vaya que es torpe el chico!", porque la escena parecía suceder más rápido que los impulsos eléctricos de su cerebro. Franco corretea hacia el dispensador de comida, sus pies se enredan con las prisas y cae de bruces cuan largo es antes de llegar a la meta. El bonvolo de aluminio que Tyrell le obligó a darle vuela unos tres metros antes de aterrizar estrepitosamente, rebota más o menos la misma distancia y desaparece justo debajo de la base de hule de la máquina, en lugar de en la ranura negra que recibe el cambio.

Oh, oh...una sacudida... el ataque lo devolvió a su cuerpo una décima de segundo antes que la segunda visión se desplegara: Franco tropieza pero alcanza a sostenerse de un escritorio; busca la moneda perdida durante unos minutos, y al fin la encuentra en un bote de basura. Se olvida del sándwich y regresa al cuarto con una lata de refresco.

Tarquin no necesitó controlar todos los resultados. Dejó que la crisis cesara por sí sola.

— ¿Está bien?

--...bien...

Parpadeó, permitiendo que Roger le tallara el rostro con una toalla húmeda, y esperó a que el súbito agotamiento consecuente se transformara en simple somnolencia.

— ¡Increíble!—murmuró aquel, quitándole el casco—...eso ha sido...increíble...

— ¿Le gustó mi demostración?

Para él, los experimentos habían terminado, aunque su interfaz con José daba la impresión de tener extático al operador, y eso sólo podía significar que, fuera como fuera, las cosas apenas comenzaban.

Franco llegó, como previsto, veinte minutos tarde. Escucharon sus nudillos estamparse débilmente contra la puerta. La repentina oscuridad del laboratorio debía provocarle notables reservas. Tyrell, una vez

desactivado el transmisor, prendió las luces y lo dejó pasar alegremente. En efecto, el chico se había caído de bruces, y tenía un rasguño sangrante en un codo.

—Oh, no—le dijo Tarquin, cuando quiso entregarle el bocadillo—, tardaste demasiado y ahora quien tiene hambre eres tú. Considéralo una alternativa a las banditas de curación.

Franco se sonrojó, agradeció con la cabeza, y escapó rumbo a su puesto de trabajo, donde nadie podía verlo.

—Mañana le entregaré los resultados a Bitton—comentó Tyrell, ocupado en los controladores de sus máquinas—. No cabe duda que las cámaras de seguridad mostrarán exactamente lo mismo... ¡Esto... es... fantástico!...

— ¿Entonces, es todo?

—Por ahora—repuso el hombre—. Una vez armada su oficina, nos pondremos manos a la obra. Tengo que calibrar a José para que dé óptimos resultados durante sus próximos...digo, contribuciones, no quiero redundar. Me tomará un día hacer los últimos retoques.

Tarquin lo miró, pensativo.

—Una última pregunta—reclamó. Tyrell terminó de guardar los artefactos, y lo invitó a caminar a su lado mientras cerraba la puerta del gabinete.
—Supongamos que la directora aprueba y puedo ser su consultor; ustedes terminan sus proyectos a buen tiempo (todo parece indicarlo), yo veo el futuro y les doy luz verde... ¿qué pasa después?

Se encontraban a la entrada del laboratorio. Los rodeaba una oscuridad apremiante. El día avanzaba y la Junta, incansable, corría con el reloj hacia la meta más ambiciosa de todas.

—Después las cosas no dependerán tan solo de la Junta. Será hora de que todo Deyrna se involucre.

Tarquin fue enviado a casa sin muchos preámbulos. Al pasar por los cubículos recibió un par de adioses amigables, y la promesa de verlo en un par de días. Habría querido realizar algún trabajo, llegar a conocer mejor a los distintos ingenieros, mecánicos, analistas, químicos, sociólogos, arquitectos, economistas y demás empleados que parecían ocuparse en sus tareas sinfín, tan entusiasmados como él mismo recordaba haberse sentido años atrás en las aulas de la universidad, pero Bitton se había negado, urgiéndolo a que almacenara fuerzas porque se acercaba un periodo muy ajetreado.

De vuelta en el coche de Sewall, con Esteban al volante, se preguntó por última vez si no estaría cometiendo un grave error.

—Tú sabrás cómo—respondió su compañero cuando Tarquin inquirió cómo exactamente se las arreglarían para llevar a la práctica todos sus planes—. Nuestra oposición es poderosa, claro que sí, pero mientras más conozcas a la Junta, menos te preocuparás.

—Por ahora—dijo el consultor antes de bajar a la estación del metro—, su secretismo me inquieta más que reconfortarme.

Sewall sonrió de forma extraña y contestó.

—Algún día lo agradecerás, créeme.

Tenía razón.

Capítulo 5

La fuente

Jace despertó debajo de su antifaz al contacto de una pequeña mano. Se retiró la careta y miró a su alrededor. El hombre calvo de la fila contigua sostenía una acalorada discusión y parecía verlo a los ojos. Estuvo a punto de hablar, pero una voz alterada le aturdió el oído izquierdo, tan irritada como su vecino del E3.

— ¡No, no, cálese la boca! ¡Nomás me queda batería para llegar a casa! ¡Jace!—la chica volvió a apretarle el brazo.

— ¿Qué sucede?

— ¡Mi amigo le da un trompazo si no deja de fastidiar! Jace, me dijiste que te despertara cuando llegáramos, pero pensé que quisieras ver esto—la ventanilla estaba empañada, y además, las luces de la ciudad se veían difusas a aquella altura—... a que sale mañana en la tele. Qué espectáculo, ¿eh?

— ¡Mis primos trabajan por ahí!— exclamó el hombre, fulminándolos con la mirada desde el otro lado del pasillo— ¡Tengo que saber si están bien!

—... ¡y ese tipo me está acosando!—terminó ella con una risa tonta—Jace, dile que nuestros teléfonos no tienen batería...— Jace comprendió al fin. Se quitó las lagañas y llamó a la azafata, no para imponer orden sino para pedirle otra soda de limón. De todos modos, el efecto fue el mismo. Carry, una universitaria que había conocido antes de abordar, se guardó los auriculares en el sostén, y el hombre calvo murmuró unas groserías pero no hizo por quejarse, porque los aparatos electrónicos estaban prohibidos en el avión.

El aeropuerto de Cefa quedaba a unas dos horas. Se hallaba a las afueras de Vilaagon, donde Jace vivía. La red de extremistas se había extendido hasta los confines de las Intendencias, claro estaba, y sus señales flameaban por todo el continental, pero aunque en Vilaagon todavía no se tornaban demasiado frecuentes, era ahí donde el miedo levantaba más humo. ¡Cómo debían sufrir los inocentes, siempre en el momento y en el lugar equivocado...! La Testa se hallaba en una situación peliaguda, aunque mucha gente no considerara demasiado importantes los estallidos de rebeldía política de nombre implícito que reptaba cada vez más cerca del Zócalo. Esa noche, Lacu o Prasnos, el mausoleo de los héroes

nacionales; la siguiente noche, Heres o Meath, qué importaba. Pero cuando la ola llegara a Cefa... ¡Y cómo sufrían los Septs! En eso tenían razón los radicales. Cómo sufrían los ciudadanos sin registro de nacimiento, hacinados en los sótanos del edificio que quebró con el resto de negocios de la manzana... sin lugar a duda, los Septs eran el nivel inferior, el último en la lista de damnificados. El terremoto del mes pasado, la inundación de hacía una semana... Unua, Roa y Tria eran el cráter de la luna de donde muchos de sus defensores provenían, con armas para crear más cráteres en la tierra civilizada. Con todo, Jace dudaba de que restaurar la independencia de los tres Septs cambiara algo para bien. ¿Acaso no se veía la misma escasez en los hogares de las Intendencias? Él mismo la sufría (siempre perdía peso al trabajar) cuando escapaba del medio de la información, una vez en el campo: las manos huesudas ofreciéndole un tallo de apio para que mascara, sin otra cosa que un tazón de agua de grifo como bebida. ¿No había visto el parásito reptar bajo la piel del hijo menor de aquella familia, donde la madre le había quitado el polvo de los pies como agradecimiento por su contribución a la venia que les permitiría comer dos veces al día a los marginados de esa región? Ese espectáculo marchó todas las noches durante una semana ante sus ojos, y Jace sabía que era la misma imagen, si no una tan terrible que era incapaz de sospechar, lo que perseguía a los terroristas mientras plantaban una de sus bombas.

Se acordó de la Cumbre. Bonita temporada para tener atentados saliendo en todos los medios de comunicación. Los preparativos habían empezado aquel mismo día; prometían el mayor acontecimiento de la década. Y había una buena razón, no el hecho de que, como llevaban anunciando desde hacía meses, "se buscarían soluciones" para nivelar la economía al tiempo que el crecimiento demográfico desmedido. La verdad era que una asamblea de tal envergadura era la oportunidad perfecta para la Testa de convencer a los ciudadanos de su dedicación, nunca antes tan caduca y falsa.

Suspiró y se acurrucó en el asiento, ignorando las sacudidas que causaron cierto revuelo en otros pasajeros. Estaba acostumbrado a las turbulencias. Carry, enroscándose una hebra de pelo rubio en el dedo, procuraba rozarle el muslo con una rodilla, y aunque Jace no encontró desagradable su insistente contacto, tampoco hizo por crear conversación. Se sentía aplastado, curiosamente molesto, y desilusionado. El cagón de su jefe... metiéndose donde no lo llamaban. Carinen siempre había sido algo controlador, pero jamás le había echado a perder una pista con tal de salirse con la suya. Se propuso decirle sus verdades en cuanto tuviera la oportunidad.

Bajó del avión, se despidió de su compañera de fila permitiendo que le tomara una fotografía con ella, y tomó un taxi odiando la idea de

levantarse en la mañana para ir a su estúpida reunión.

La acera estaba en silencio. Jace se vio en medio de dos faroles que alumbraron su camino hacia el edificio con una luz amarillenta. El calor del continental le golpeó de lleno, y por alguna razón, bastó para ponerlo nervioso. Cuando saludó al guardia y subió al elevador, buscaba aire formando una O con la boca tensa.

De frente a la cancela que separaba el pent-house del resto del edificio, volvió a sentirse asaltado por una sensación de vacío que había venido persiguiéndolo desde hacía meses...no, no desde hacía meses... recordó el dicho favorito de su padre: no hay bien que por mal no venga.

¿Por qué?... se preguntó, sin salir del elevador. ¿Por qué no podía tener paz?

Abrió la puerta que daba a la terraza y miró el horizonte plagado de luces. Vilaagon se extendía hasta donde llegaba la vista. La luna, velada por una cortina de vapores ciudadanos, arrebatava a la noche el romanticismo que, se engañaba el joven, podía haberle hecho olvidar su inquietud.

Frustrado, se dirigió a la cocina, y preparó una hamburguesa instantánea. La soda de limón del viaje le había llenado la vejiga, pero la sed persistía en su garganta. El leve temor de un contagio reptó desde una esquina de su mente. Jace lo ahuyentó de un trago de tequila. En el peor de los casos, una pastilla acabaría con el resfriado.

Pulsó el botón del módulo telefónico, dando comienzo al ritual que el flujo de mensajes diariamente recibidos le había obligado a incorporar a su rutina, y esperó con los ojos castaños fijos en el número rojo que oscilaba en la cintilla de la máquina.

Amigo, ¿dónde está tu móvil?, decía Herve en la contestadora. Me quedé preocupado. No te vi salir del avión, así que tuve que regresar a casa, ya sabes, a preparar el material para la junta de mañana. En fin, espero que estés bien... llama en cuanto puedas, ¿sí?

Recargar el móvil. Herve no lo oiría aquella noche. Once mensajes por ver.

Engulló los restos de hamburguesa que habían quedado pegados al plato, y ladeó el vaso de licor para verle el fondo con cara larga. Pulsó el botón y aguardó. Una voz inesperada captó su atención.

Hola. Probablemente no estés en casa, así que...sólo saludándote. Hace un rato que no hablamos. Yo estoy bien, todo bien...todo igual, ya me conoces. ¡Bueno!, si alguna vez te estacionas en la ciudad, dame una

llamada. Sólo para decir hola... Ok.

CLIC.

Jace se quedó inmóvil. Luego, le dio un último trago a su bebida. El silencio del departamento lo envolvió como una mortaja. ¿Cuándo había sido la última vez?... Contó mentalmente, apretando los labios, y se dio cuenta que no lo recordaba. Así de inmerso había estado en su ancho mundo. Se levantó del diván, llevó la vajilla al fregador, y notó de golpe la limpieza que levantaba brillos en los pretilos color crema. No ignoraba el vacío que saltaba a la vista en aquella pulimentada superficie.

Sonaba bien. Un tanto extraño, como cuando se encontraba en medio de uno de sus estudios. Eso era, de seguro. A Jace siempre le había intrigado su entusiasmo, hablando sin parar de tal o cual teoría con una excitación inherente en los ojos. Claro, eso si él se molestaba en preguntar sobre el tema. En aquellas ocasiones, su voz externaba lo que no sus precisas disertaciones, porque era un hombre razonable que pensaba las cosas antes de hablar tanto como les daba vueltas antes de hacerlas. Aun así, ciertos estallidos en su personalidad habían revelado a Jace una esencia animosa, que con el tiempo llegaría a identificar vagamente en sí mismo.

De vuelta en la sala, levantó el auricular sin poder encontrar las palabras adecuadas para devolver aquel saludo. Sin darse cuenta, se sorprendió ensayando como un actor, con el teléfono a ocho centímetros de la oreja.

—Papá...

BZZZZZZ

— ¿Sí?—espetó al interfón.

— ¿Señor? —Contestó el guardia— Tengo a un anciano que pide subir.

— ¿Ahora? ¿Qué quiere?

—No lo sé. Repite que lo conoce a usted. Sabe cómo se llama y todo. Es bajito, barba corta, bigote blanco.

— ¿Le preguntaste su nombre?

—No me lo dice. Le dije que volviera mañana pero no quiso hacerme caso. ¿Llamo a la policía?

—Ponlo al habla.

Un leve sonido, y Jace oyó surgir el timbre áspero y confiado de un hombre de edad que le hablaba desde la calle, deseándole las buenas noches. Jace tenía una buena memoria auditiva. Podía jurar que aquella voz no la había escuchado nunca.

— ¿Quién es?

—Me temo que no puedo decírselo ahora—dijo el anciano—. Esperaba que pudiera recibirme a pesar de la hora. Es importante.

Jace frunció el ceño, divertido a medias.

—Es muy tarde.

— ¿Entonces debería ir con otra persona? ¿Con el señor Adney, quizá?

— ¿Adney?—repitió el joven. Aquello se ponía interesante. Tentado por el nombre, decidió prolongar la conversación un poco más— ¿Qué tiene Adney?... ¿Cómo sabe dónde vivo?

Ya sabía la respuesta: tan fácilmente como podía leer su nombre en el Chronicle, y figurando en los encabezados de los otros diarios. De todos modos, el anciano tuvo la delicadeza de responder:

—También tengo mis dotes investigativas, hijo—como si no se hubiera tratado de una pregunta tonta—. Y sé la dirección de Zaire Adney. Veamos... no puedo ver con esta luz...Avenida Trinidad, número 2138. Y tú eres...humphshshsh...Calle Avellaneda, número 161, ¿correcto?

—Es correcto, pero va a tener que decirme qué quiere si desea que le permita subir.

—Mira, hijo, quise venir contigo primero porque sé que eres uno de los mejores periodistas del Deyrna Chronicle y el más honesto del país, y quería que esta historia la escribiera el mejor. Pero no tengo mucho tiempo y tal vez tu amigo Adney tenga mayor disposición que tú para escuchar lo que tengo que decir. Buenas noches...

— ¡De acuerdo, de acuerdo!...

En su departamento, Jace apoyó el brazo en la pared. Vaciló un instante con los ojos cerrados. De pronto se sentía cansado.

—Espere un momento—murmuró, frotándose la parte posterior del cuello.

Dos minutos después, el anciano salía del elevador, y le tendía una mano

rechoncha.

—Hola. Vayamos adentro, ¿te parece?

Era toda una orden, y por la forma en que había sido formulada, Jace adivinó que el sujeto en cuestión había estado muy acostumbrado a darlas. Cada vez más interesado, lo complació sin decir palabra, y el anciano, que llevaba una cartera bajo el brazo, atravesó la puerta sin perder su aire suficiente. Pero una vez adentro, su comportamiento cambió a ojos vistas: la tranquilidad con que había manipulado a Jace empezó a difuminarse en una actitud cautelosa, casi paranoica. Miró a su alrededor, buscando artilugios peligrosos con ojo experto, cruzó la habitación de un par de zancadas (demasiado grandes para alguien de su edad) y corrió las persianas, dejándolos a oscuras. El corresponsal no hizo preguntas. Observó al extraño mientras llevaba a cabo sus preparativos; los conocía bien, porque eran parte importante de su trabajo.

Se trataba de algo delicado. Algo peligroso... una entrevista secreta en la sala de su hogar.

—Siéntate, hijo—volvió a ordenar el anciano, señalando los cojines del sillón, y tomó asiento él mismo sin que se lo pidieran—. Debemos tener cuidado. Tus artículos te han puesto en el mapa de los grandes sin que te des cuenta.

Jace se encogió de hombros.

—Sí que me doy cuenta. No es una contingencia impensable con mi trabajo. El que uno de esos grandes me preste una visita sí es algo inesperado.

—No, al contrario—repuso el anciano—. Era de esperarse. Pero me gusta tu buen ojo. Ahora, aplazaré el momento de las presentaciones unos minutos más. Seguro que no te importa responderme una pregunta. De hombre a hombre.

—Está bien.

— ¿Apoyas a algún partido en especial? ¿P.C., P.S.R, P.O.D...?

—No.

—Lo imaginaba. Pero, si pudieras votar en las próximas elecciones por una persona, sin que eso signifique apoyar su partido, ¿pensarías en algún candidato?—inquirió el anciano lentamente. Tenía unos ojos grandes y rasgados, penetrantes e imperativos. Facciones como esas, pensó Jace, eran un milagro de la genética dirigido únicamente a la evidencia física del carácter militar de un personaje. No tenía dudas acerca de su pasado en

el ejército: se encontraba hablando con otro habitante del vasto mundo, de labios muy delgados, cejas de expresión respetable y experiencias seguramente fascinantes.

Cerca de sentirse intimidado, cosa poco frecuente, se arrellanó en el diván, y contestó:

—Buena pregunta... en realidad no soy persona de política.

— ¿No lo eres?—se extrañó el ex militar— Si mal no recuerdo, la Sociedad de Periodistas te reconoció con ese premio por tus trabajos acerca de política. Lo mismo digo sobre las últimas menciones de tu artículo de la marginalidad en los Protectorados.

Jace lo admitió con un gesto, pero en su rostro había rechazo.

—Quiero decir, soy más un humanista que un político—dijo—. Me intereso por las causas populares, no por la pugna de la candidatura. Pero, si tuviera que contestarle...

—Sólo un nombre; la opción menos terrible.

—Janos. Supongo. Creo que de hecho podría tener corazón.

El anciano soltó una risita. Jace lo observó dubitativo, y sus ojos se desviaron momentáneamente a la cartera que había dejado entre los cojines, pegada a su costado. Él lo advirtió sin dejar de sonreír, y se puso el misterioso objeto en el regazo.

— Esto cambiará todo lo que crees que sabes, incluyendo la política. Es una parte de mi propia investigación, pero por sí misma es reveladora. Primero que nada, hará que receles un poco más de Er Janos y su banda de supuesto-ecologistas. Los cohesionistas son todos iguales, sean de la facción que sean. El P.C. tiene el mayor número de adeptos en Deryna, y ningún otro partido ha luchado tan encarnizadamente por esas afiliaciones. Te sorprenderías de lo que algunos han hecho para salvaguardar su poderío; oficialmente llaman a sus crímenes un intento de conservar lo que destruyen... si supieras lo que se habla en los pasillos de la Testa después de las ruedas de prensa, sé que tendrías un par de cosas que decir. Es, como te dije por el interfón, una historia digna de tu atención. Más aún, podría ser la mayor historia del siglo. Pero hay riesgos, hijo: mostrar al mundo lo que sus líderes han estado haciendo tras bambalinas... es ponerse bajo el martillo. Tu vida podría peligrar. Es labor para un verdadero periodista. Y estamos hablando de los mismos agentes que se mueven justo ahora en los círculos más altos. Sin embargo, siento una responsabilidad para con nuestro país. Te pasaré sus secretos si aceptas sacarlos a la luz, y claro, todo bajo las leyes inamovibles de la

ética profesional, que te obliga a conservar mi anonimato.

Jace se cruzó de brazos. El anciano hablaba en serio. Aguardaba inmóvil en su sitio, con cierto... ¿temor?, reflejado en la boca tensa. Los ojos del joven se desviaron a su pesar, recorriendo los bordes de aquel compilador, supuestamente la historia de su vida. Sopesó las consecuencias de aceptarlo, consecuencias que podían significar la cúspide de su corta y fructífera carrera... o su ruina total. Y aun así...

Por un instante, la parte más trivial de sí mismo se sacudió ante una triste amenaza: ¿qué haría Adney en su lugar? Zaire Adney, la estrella del periódico rival, y el otro favorito de las masas. ¿Qué haría el más completo patán del mundo ante una oportunidad así? El nombre de Adney inscrito en las placas conmemorativas sería su principal motivación, sin que le importara un bledo su propia integridad (o el reportaje, a todo eso). Aceptaría el reto, y como pasaba con todos los cabezas huecas, saldría indemne.

Se estremecía de pensarlo.

Luego, estaban los riesgos de verdad; los más importantes: Jace no contaba con la protección divina que se otorgaba a los estúpidos, así que debía considerarlo.

—No sé...

—Sí, sí lo sabes. Tienes un don para mostrarle a la gente las contradicciones de este mundo. Como yo lo veo, este es el trabajo para el que naciste—repuso el veterano.

Jace respiró hondo, inmerso en los recuerdos.

—Cada vez que hurgo en la basura del gobierno—murmuró al cabo de un rato— dejo de creer un poco más en nuestro mundo. Me decía a mí mismo que había de llegar un momento en que no quedarán más desencantos; lo único que tendría serían los hechos... Siempre pensé que hacía esto porque había algo más que todas nuestras mentiras, algo que debía ser recordado. Y supongo... supongo que al final, es lo único que importa...

—La verdad—dijo el anciano—, nos hará libres.

—Sí. Libres.

Se hizo un silencio. De pronto, Jace se levantó, presa de la emoción, y le tendió la mano a su visitante.

—Es un trato, entonces—dijo aquel—. Y yo quedo para servirte.

Día seis

La agonía nos devora el ánimo. Tenemos poco tiempo. En unas horas, Jace se habrá ido.

No nos queda comida, y retrasamos el último sorbo de agua. Lo único que alivia mi cuerpo es el viento. Soplaban desde hacía unos días, apenas un segundo antes de abrir paso a una nueva ola de calor, pero hoy sólo descubre la fiebre que me hiela por debajo de la carne quemada. El sol es el mismo, pero el viento trae consigo el recuerdo de la frescura que desearía nunca haber conocido.

También se me agotan las hojas. Si alguien las descubre, las querría robar para masticarlas. No entenderían que mi crónica es la despedida de la

especie; mi recuerdo, mi vida y mi muerte.

Estoy perdiendo la visión.

Ya sé que sin fuerzas, nos ahogaremos al subir la marea. No creo en Dios, pero tengo que hablarte mientras mi mente funcione, porque la certeza de tu inexistencia es la firma de mi presencia. ¡Dios, Dios! No quiero morir. ¿Seremos los únicos que quedan?

Él apretaba la mano del cuerpo vivo a medias que yacía bajo el toldo hecho de jirones metálicos. Estaba demasiado débil, y a pesar de que sus propias energías le habrían permitido explorar los resultados más probables, al menos durante un segundo, no parecía que tuviera sentido.

Se sentía mareado, destruido. Mi cuerpo ya no existe... y el sufrimiento que la luz le infligía a su cerebro y heridas, respaldaba su pensamiento.

El chico respiraba con trabajos. Tenía, como todos, el rostro enrojecido y las piernas, abrasándose al descubierto, hinchadas visiblemente. Aun así, disfrutaba de una lucidez que a Dega se le iba por momentos.

—Papá—susurró—, perdóname.

—No necesito perdonarte—contestó él, sin siquiera notar las lágrimas que caían por sus mejillas empapadas de sudor—; no hay nada que perdonar...

—Debí haberte buscado... debí haberte hablado mucho antes. Siento que haya sucedido de este modo.

—Yo debí preverlo, hijo... debí haberte avisado.

Jace sonrió de repente. Sus labios cuarteados soltaron un remedo de diversión, que al hombre más grande le pareció sacado de sus recuerdos; de un niño de ojos tiernos en su lecho de enfermo.

—Qué momento para hacer las paces... pero está bien. Tal vez por eso nos salvamos—su padre, enflaquecido y seco, le devolvió la sonrisa, pero no dijo nada—. ¿Cómo están los demás?

—Tienen otro día.

—Bien. Mañana podría llegar ayuda.

—Quizá.

—Tú no lo crees.

—No lo sé—dijo Dega—...no lo quiero saber.

— ¿Qué pasa, papá?

Hubo un momento de silencio. El aludido miró a su hijo con una profunda mezcla de duda y tristeza.

—La salvé. —respondió en voz baja. Jace se sorprendió, aunque la debilidad lo había hecho menos expresivo. Dega miró a su alrededor. Cerca, de espaldas, Koch y la mujer se entretenían hablando. Seguro de que nadie lo vería, metió una mano en el bolsillo, y le mostró al joven lo que extrajo con sutil rapidez. — Ya no importa, pero prefiero que siga siendo un secreto.

Jace meneó la cabeza, sin dejar de contemplar el tesoro.

— ¿Cómo puedes decir eso?... importa más que todos nosotros... ¿cómo...?

—Antes de estrellarnos—dijo su padre—. No creo que Norval se acuerde que exista.

— ¿Sabes qué significa?

—Sí.

—Podría ser nuestra segunda oportunidad...—murmuró Jace, demasiado agotado para terminar.

El náufrago se volvió a lamer los labios. La sed no lo atribulaba tanto como el hecho de que todo, incluyendo su huida, las heridas de Jace y aquel martirio, había sido para nada. Sin soltarle la mano, ocultó el dispositivo en los pantalones, y dejó que el día lo encorvara aún más sobre su hijo durmiente.

—No concibo que todos hayan muerto...—lloraba Cassandra—...y que nosotros...nosotros...—Koch le pasó un brazo por los hombros. Sí. También

ellos estaban muertos. — Y ahora, ahora...

—Todavía hay esperanza—la consoló, disimulando la sombra que traicionaba sus palabras.

— ¡Extraño a papá y mamá, y... ay, Norval!, ¿crees de veras que alguien más haya logrado escapar?

Éste no lo pensó.

—Seguro. Deyrna tiene quinientos millones de habitantes. Demasiada gente para que toda muera el mismo día. Tal vez alguien tuvo suerte como nosotros.

—Si a esto le llamas suerte—replicó ella, secándose las lágrimas con una mano descarnada—. Quizás hubiera sido mejor que me muriera en el continental... ¿sabes? Sólo fui a la casa de Bal porque, bueno, porque... ¡joder, estaba cansada de mis amigas!—el llanto volvió a aflorar en su garganta—... ¡de haber sabido que no las volvería a ver...!

Koch, que no sabía qué más decir, observó gentilmente:

—No fue culpa tuya.

— ¡Pero fui una idiota con ellas!—insistió Cassandra. Sentada así, con las rodillas contra el pecho y rodeándose a sí misma con los brazos, se la veía más vulnerable que nunca. Ni siquiera su histeria inicial le había parecido a Koch tan desolada— ¡Como si fuera mejor que ellas o algo así!... creí que... despreciándolas sería menos ordinaria. Pero ahora me doy cuenta de que lo soy: ¡soy ordinaria! Hubiera querido casarme, criar una familia... no esperar hasta el fin del mundo para esperar cosas y... ¡querer un futuro!

—No eres ordinaria; eres maravillosa.

—Soy una tonta.

Koch no pudo resistirlo. Ella, demasiado abatida para darse cuenta, no reparó en la mano que comenzó a acariciar la raíz de su rubia cabellera, pasándole las hebras sueltas por detrás de la oreja.

—Mírame. Mírame...

— ¿Qué?

—Eres la mujer más asombrosa del mundo. Y lo que pasó en el continental no fue tu culpa... eres la más inocente de todos los que

estamos aquí.

Un brillo de preocupación asomó a los ojos violetas de aquella belleza maltratada por las vicisitudes.

— ¿Qué quieres decir?—inquirió, acercándose más a su confidente. Koch frunció el entrecejo, visiblemente atormentado.

—No importa.

Se quedó mirando a un costado, hacia la playa. Su rival estaba de pie, sosteniendo al lánguido gato con un cuidado que logró exacerbar su odio mientras el agua le cubría los tobillos.

—Sube la marea. —exclamó Toek, pero en su voz se descubrió un resentimiento casi perverso. Kassandra, como si la hubieran sorprendido cometiendo indecencias, se alejó hacia el centro de la isleta casi de inmediato.

Nos ha visto... pensó Koch con los dientes apretados. Adelante, amigo, rómpeme los dientes. Ahora sabes cómo están las cosas.

Había tratado de salvar lo que quedaba de su mundo, y había sido demasiado tarde. Había conocido a la mujer perfecta, sólo para morir a su lado. ¡Bien! Lo aceptaba. Se había enamorado en la recta final, al borde de su último suspiro. Que ella tuviera pareja y que él se encontrara ahí cuando pasara, le importaba un comino. Quería tomar su mano si no podía abrazarla. Ya se había resignado a la idea, y nadie le podría quitar ese derecho.

